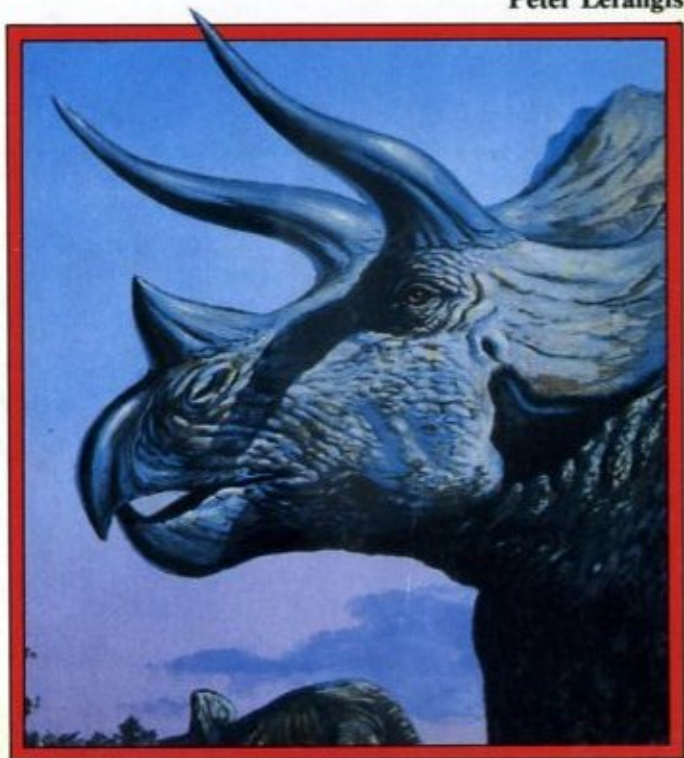


LA MAQUINA DEL TIEMPO

Retrocede 65 millones de años
y hallarás:

EL ÚLTIMO DINOSAURIO

Peter Lerangis



TIMUN MAS

LA MAQUINA DEL TIEMPO 21

El último dinosaurio

Peter Lerangis



Ilustraciones: **Doug Henderson**

TIMUN MAS

¡ATENCIÓN, VIAJERO A TRAVÉS DEL TIEMPO!

¡Eres una persona de suerte! Sí, en este momento tienes en tus manos una... ¡máquina del tiempo! En efecto, este libro es tu máquina del tiempo. No lo leas todo seguido, del principio al fin. Dentro de un momento recibirás instrucciones para cumplir una misión, una empresa especial que te llevará a otro período de tiempo. A medida que te enfrentes a los peligros de la historia, la máquina del tiempo te irá presentando opciones de adónde ir o de qué hacer.

El presente volumen contiene también un banco de datos para informarte sobre la época en la que vas a vivir. Puedes utilizarlo para desplazarte con mayor seguridad a través del tiempo. O bien tomar tus decisiones sin consultarlo. Tú eres el único responsable.

IMPORTANTE

Al final de este libro hay una lista de datos. Contiene sugerencias para ayudarte si no estás seguro de qué camino has de emprender. Este símbolo aparece al lado de todas las elecciones para las cuales existe una sugerencia en la lista de datos.



Con objeto de terminar tu misión lo más deprisa posible y con éxito, puedes emplear a la vez el banco de datos y la lista de datos.

Hay una conclusión correcta para esta misión. Debes llegar a ella o... ¡arriesgarte a quedar perdido en el tiempo!... Y recuerda que tienes a tu disposición el banco de datos y la lista de datos.

LAS CUATRO REGLAS PARA VIAJAR A TRAVÉS DEL TIEMPO

Cuando empieces tu misión, debes observar las reglas siguientes. Los viajeros por el tiempo que no las cumplen, se arriesgan a quedar perdidos en él para siempre...

1. No mates a ninguna persona ni animal.
2. No intentes cambiar la historia. No dejes nada del futuro en el pasado.
3. No llesves a nadie contigo cuando franquees la barrera del tiempo. Evita desaparecer de un modo que asuste a la gente o la haga sospechar.
4. Sigue las instrucciones que te dé la máquina del tiempo y elige entre las opciones que te ofrezca.

TU MISIÓN

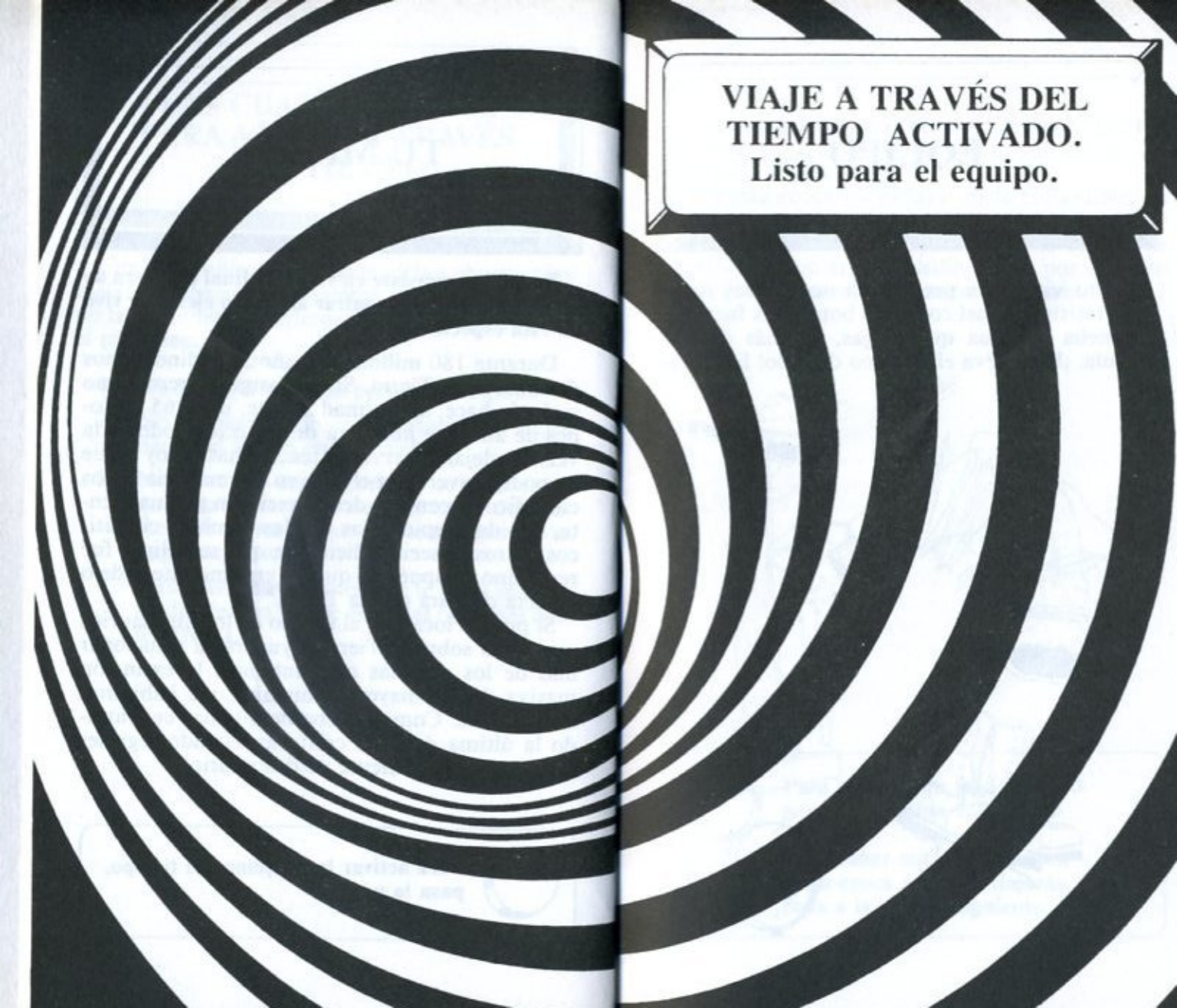
Tu misión consiste en viajar al final de la era de los dinosaurios y encontrar al último ejemplar vivo de esta especie.

Durante 180 millones de años, los dinosaurios dominaron la Tierra. Sin embargo, parece como si desde hace, aproximadamente, unos 65 millones de años, se hubiesen desvanecido todos a la vez, sin dejar supervivientes... Y hasta hoy nadie ha podido averiguar el motivo. La mayoría de los científicos creen que desaparecieron gradualmente, debido a epidemias o a los cambios climáticos. Otros poseen indicios de que su eclipse fue repentino, después de que un enorme asteroide o cometa chocara con la Tierra.

Si puedes localizar al último de los dinosaurios que vivió sobre la Tierra, ayudarás a solucionar uno de los enigmas más antiguos: la extinción masiva de los mayores animales que habitaron este planeta. Como prueba de que has encontrado la última de estas criaturas, cuando regreses deberás traer un diente de dinosaurio.



**Para activar la máquina del tiempo,
pasa la página.**



**VIAJE A TRAVÉS DEL
TIEMPO ACTIVADO.**
Listo para el equipo.

EQUIPO

En tu viaje a la prehistoria necesitarás ropas muy resistentes, así como las botas más fuertes y a prueba de agua que tengas, además de una brújula. ¡Pero lleva el mínimo de peso! En la era



mesozoica, la mayor parte de la Tierra se hallaba cubierta de agua, y no querrás hundirte si te ves obligado a nadar.

En esta época no hallarás nada comestible, de modo que debes llevar contigo alimentos que proporcionen energía rápida y que se conserven mucho tiempo en tu bolsillo, como por ejemplo pastillas de chocolate, caramelos y cecina.



Para empezar tu misión,
pasa a la página 1.



Para saber más cosas acerca
de la época a la que viajarás,
pasa a la página siguiente.

BANCO DE DATOS

1) Los dinosaurios fueron unas criaturas muy afortunadas. Antes de que ellos existiesen, los mamíferos con forma de reptil, que fueron nuestros antepasados, crecieron y se diseminaron por la superficie terrestre. Pero cuando los dinosaurios implantaron su predominio, estos primitivos mamíferos sólo fueron capaces de evolucionar hacia criaturas pequeñas y poco dotadas. Lo cierto es que los gigantescos animales sobrevivieron a dos anteriores extinciones masivas antes de su desaparición: al final del triásico y durante el jurásico.

2) Estos seres variaban en tamaño y en velocidad. Algunos se parecían a un edificio de dos plantas, y otros tenían el tamaño de un pavo. Y si bien en su mayor parte avanzaban pesadamente, otros eran capaces de correr a sesenta kilómetros por hora.

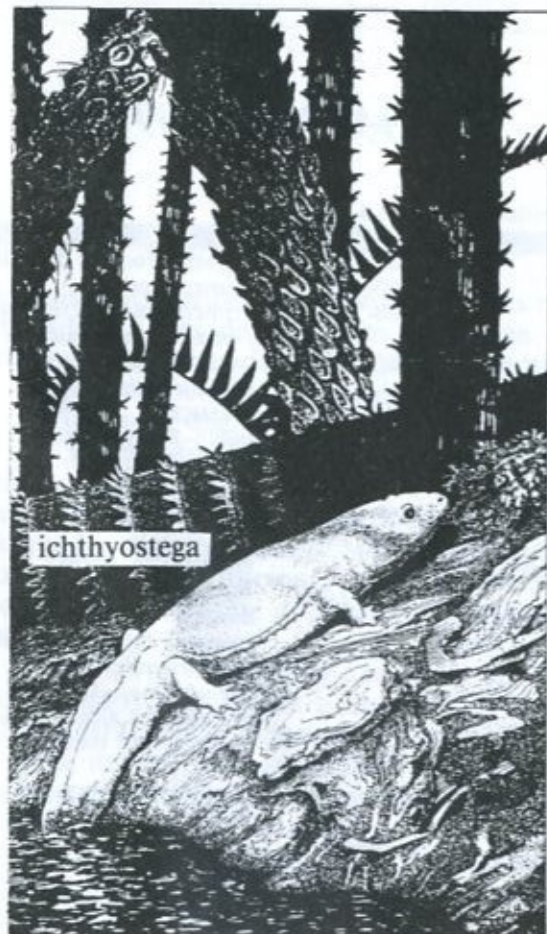
3) Los dinosaurios mudaban regularmente los dientes, sustituyendo con nuevas piezas las perdidas.

La Tabla Cronológica y los dibujos que aparecen en las próximas diez páginas te proporcionarán una idea de cómo era la vida antes de que aparecieran estas criaturas –cuando los peces y los animales de carácter mamífero compartían la Tierra con los anfibios que podían adaptar su vida tanto a la tierra como al agua–, y también durante su existencia.

TABLA CRONOLÓGICA

millones de años a.C.	4.600	Origen de la Tierra
	3.500-590	Primeras formas de vida
	590-408	Primeros peces
	408-360	Primeras plantas terrestres y primeros animales
	360-286	CARBONÍFERO – Primeros anfibios
	286-248	PÉRMICO <i>Inicio</i> –Primeros reptiles <i>Medio-Final</i> –Primeras criaturas parecidas a los mamíferos
		(Extinción)
ERA MESOZOICA:	248-213	PERÍODO TRIÁSICO <i>Inicio</i> –Primeros dinosaurios (pero con predominio de los seres mamíferos) <i>Medio-Final</i> –Los dinosaurios alcanzan la superioridad numérica
ERA DE LOS DINOSAURIOS		(Extinción)
	213-144	PERÍODO JURÁSICO
		(Extinción)
	144-65	PERÍODO CRETÁCICO
		(Extinción)
	65-2	PERÍODO TERCIARIO – Mamíferos bípedos y simios
	2-época actual	PERÍODO CUATERNARIO – Especie humana

Recuerda que para los tiempos prehistóricos, el número más alto es el más lejano en el tiempo. Por ejemplo, 200 millones a.C. es una fecha más lejana que 65 millones a.C.

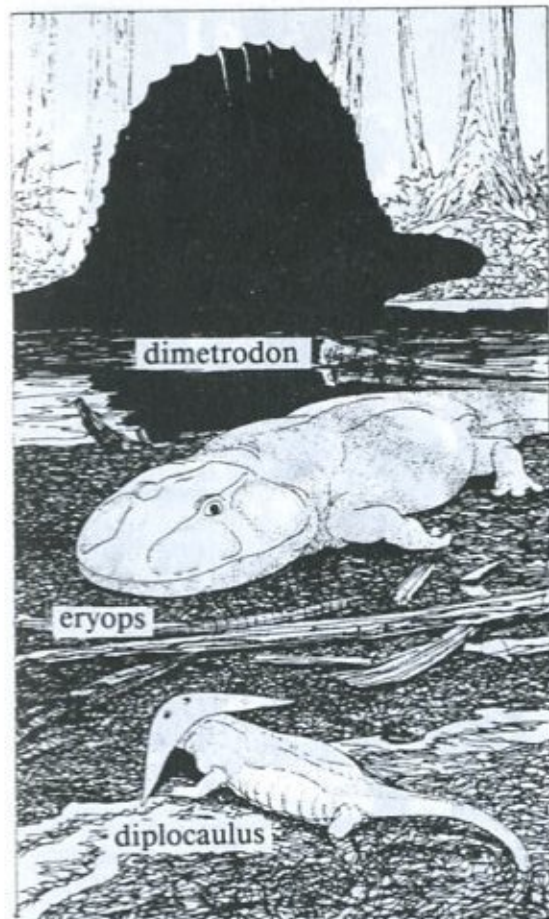


ichthyostega

PERÍODO CARBONÍFERO

(360-286 millones de años a.C.)

El *ichthyostega* fue uno de los primeros anfibios. ¡Era tan primitivo que ni siquiera llegó a desarrollar orejas!



dimetrodon

eryops

diplocaulus

PERÍODO PÉRMICO

(286-248 millones de años a.C.)

Este es el último período antes de la era de los dinosaurios. Ninguna de las criaturas que aparecen en esta página es un dinosaurio.

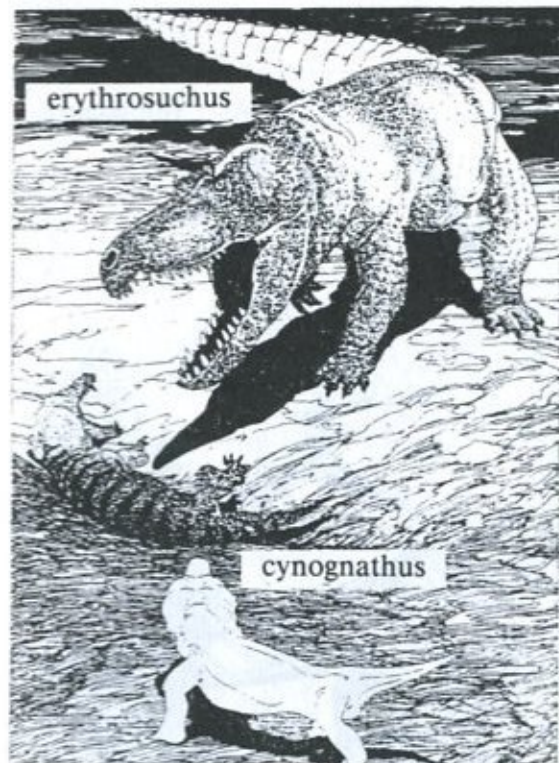
Inicio: Los reptiles con la espalda recortada como una aleta y otros anfibios dominaban la Tierra.



PERÍODO PÉRMICO

(286-248 millones de años a.C.)

Final: Se extinguen los reptiles con espalda recorrida, y los *tapinocephalus* de cabeza prominente dominan la Tierra. Estos reptiles probablemente evolucionaron dando origen a las especies de mamíferos que hoy conocemos.

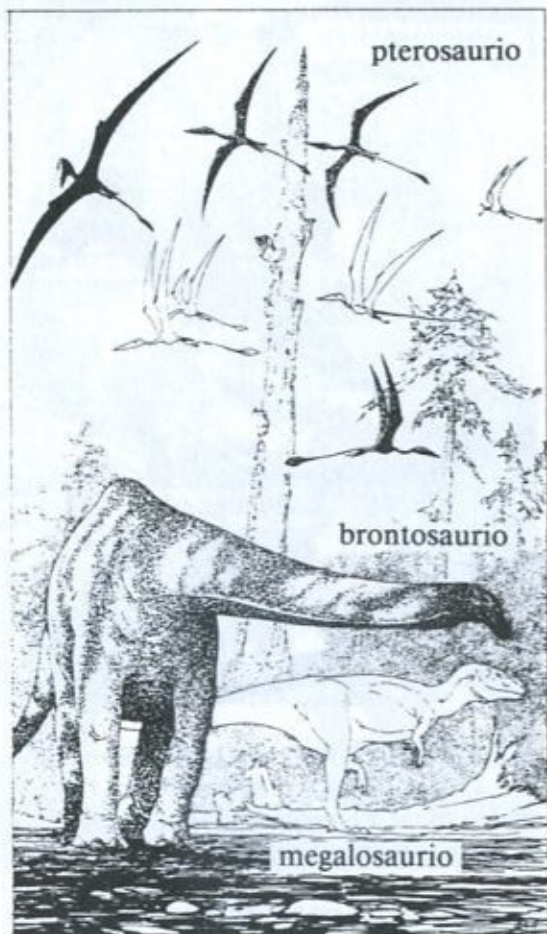


PERÍODO TRIÁSICO

(248-213 millones de años a.C.)

Se cree que el *cynognathus* es el antecesor de todos los mamíferos, incluidos los humanos. Durante la primera mitad de este período, los mamíferos y los dinosaurios luchaban por imponer su predominio. Las especies más extendidas entre estos últimos eran carnívoras.

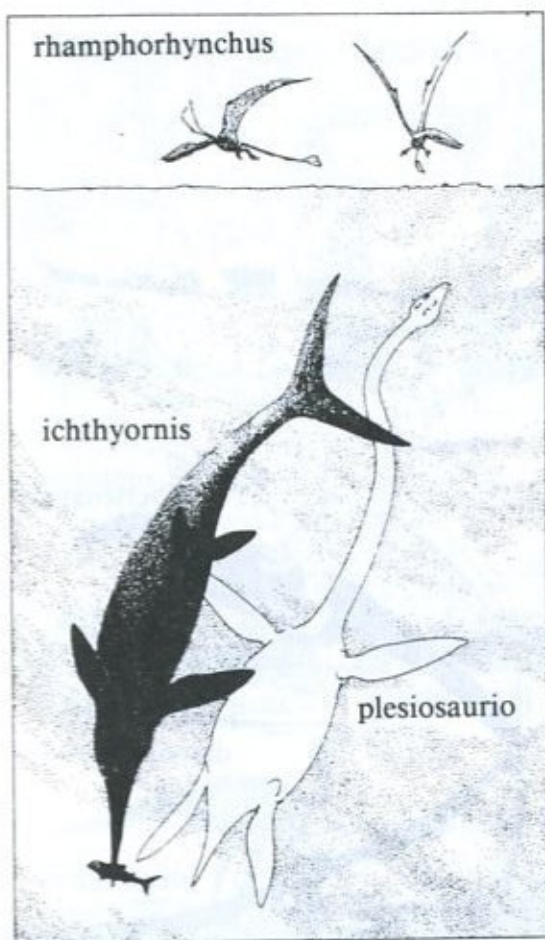
Hasta mediados del triásico, todos los seres poseían extremidades pélvicas cuyas terminaciones giraban hacia afuera, como las de los lagartos y los cocodrilos en la actualidad.



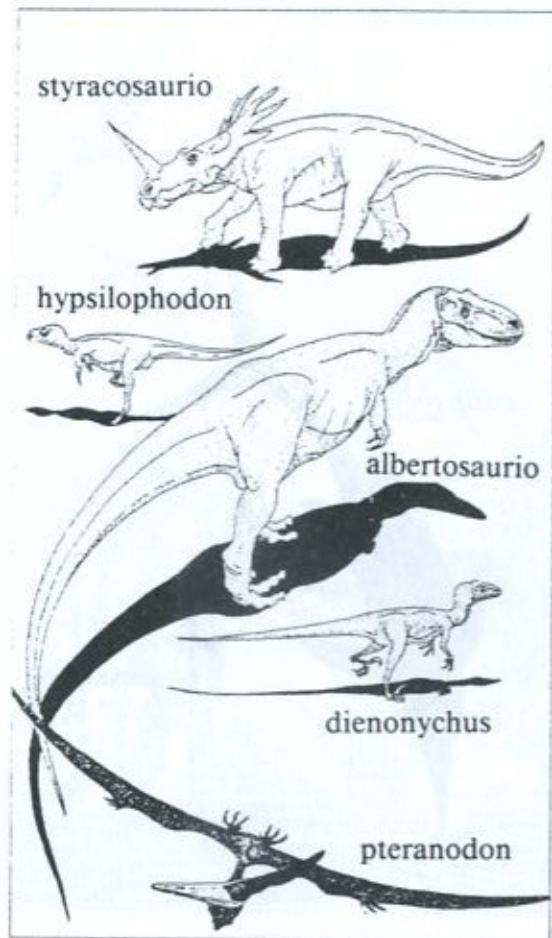
PERÍODO JURÁSICO

(213-144 millones de años a.C.)

En ese período, los dinosaurios constituían el grupo mayoritario tanto de herbívoros como de carnívoros en la Tierra.



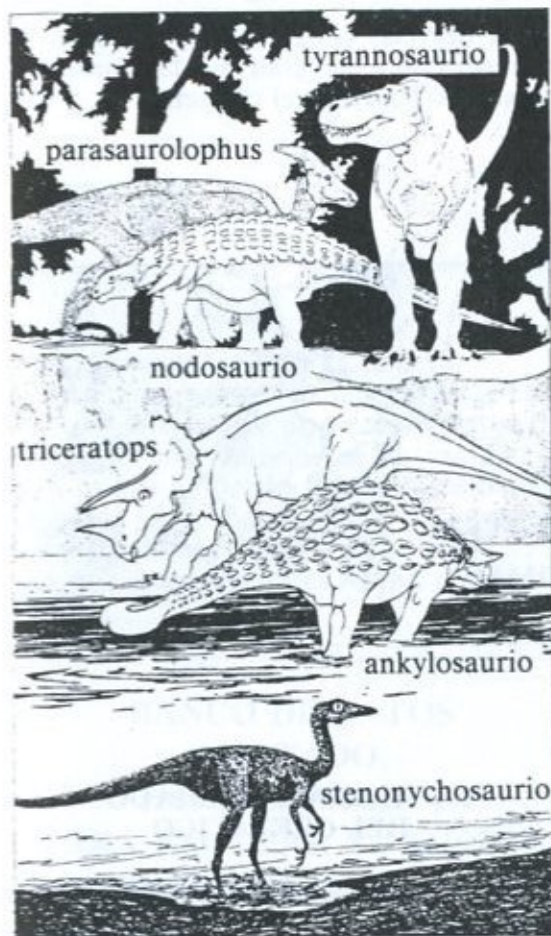
A partir de esa época, todos los dinosaurios evolucionaron sus extremidades posteriores enderezándolas y proyectándolas hacia adelante.



PERÍODO CRETÁCICO

(144-65 millones de años a.C.)

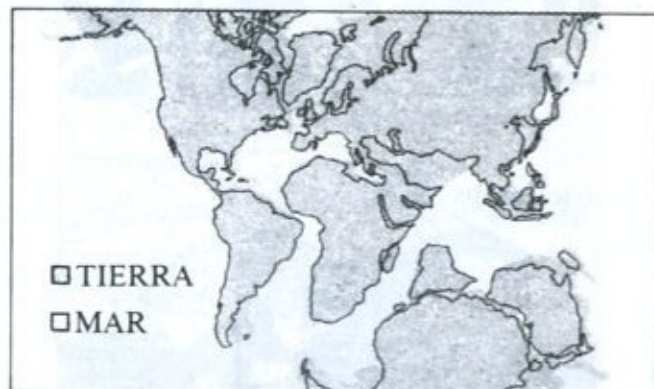
Ésta fue la última era, y la más importante, de los dinosaurios. Entre ellos existían especies cuya



cabeza recordaba el pico del pato otras poseían cuernos y caparazón, y sobre todo, el espantoso tyrannosaurio.

LA TIERRA EN EL PERÍODO CRETÁCICO

A fin de desvelar la causa de la extinción de los dinosaurios, será de gran ayuda conocer cómo cambiaba la Tierra en el cretácico.



LA TIERRA A MEDIADOS DEL CRETÁCICO

Los continentes seguían desgajándose del bloque común primigenio. Se habían formado las montañas Rocosas y, desde el jurásico, un mar cálido y poco profundo cubría la parte central de América del Norte. De hecho, la mayor parte del planeta era muy caliente, incluso las zonas próximas a los polos Norte y Sur.



LA TIERRA AL FINAL DEL CRETÁCICO

Los continentes continúan separándose. Las Rocosas han sufrido los primeros embates de la erosión, y el mar interior se ha vaciado en el océano, lo que ha producido que éste se enfríe y se haga más profundo. También la tierra ha perdido temperatura. Ha surgido una franja de terreno que une lo que ahora es Alaska con la Unión Soviética.

**BANCO DE DATOS
AGOTADO.
PASA LA PÁGINA
PARA EMPEZAR TU MISIÓN**



Cuando aparezca este símbolo, no olvides que, para orientarte, puedes consultar la lista de datos que hay al final del libro.



N

O está mal. Has hallado un buen lugar: justo en medio de un lecho de hojas de pino, enormes, del tamaño de un dedo. Es tan blando como un colchón. Te encuentras en la prehistoria, aunque no estás muy seguro de en qué período.

¡Crac! De repente, un pino cae al suelo y está a punto de aplastarte la cabeza. Te apartas rodando, y luego te incorporas de un salto. Al mirar a tu alrededor te das cuenta de que te rodea un pinar, si bien la mayor parte de los árboles están muriéndose.

De pronto notas que el suelo tiembla. Al verte descubres una enorme pila de troncos y ramas caídos, tras de la cual se producen fuertes crujidos. Con la esperanza de ver qué es lo que provoca semejante alboroto, trepas a la cima de esa pequeña colina.

La sorpresa y el sobresalto son mayúsculos al echar un vistazo a tu primer dinosaurio. ¡Por tu Banco de Datos reconoces que se trata de un megalosaurio carnívoro! Avanza balanceándose a ambos lados al andar, y se golpea contra los árboles. La pobre criatura está tan débil que apenas puede sostenerse en pie.

Pero esa «pobre criatura» mide nueve metros de longitud, posee dientes brillantes y puntiagudos y en sus extremidades destacan unas afiladas uñas. Y acaba de percibir el olor a carne fresca: ¡la tuya!

Te dispones a huir rápidamente, pero los pies te quedan atrapados. De repente, toda la pila de troncos rueda bajo tus pies y caes al suelo. En ese preciso instante, un animal peludo, del tamaño de un lobo, sale de debajo de la pila y se escabulle entre los árboles.

Mientras sacudes tu ropa, observas que en realidad las ramas amontonadas cubrían algo —una enorme masa gris, de piel arrugada—, y comprendes que te hallabas de pie sobre un brontosaurio muerto.

Enseñando los dientes, el megalosaurio husmea el cadáver del dinosaurio mientras tú te preparas para escapar. Pero el megalosaurio se detiene junto al cuerpo yacente y empieza a despedazarlo.

Retiras la vista para no contemplar la desagradable escena y al inspeccionar la desolada zona que aparece a tu alrededor se te ocurre algo: criaturas débiles y moribundas, árboles que caen... Parece como si hubieras viajado al final del período de existencia de estos seres: al cretácico. ¡Es probable que ya hayas completado tu misión! Quizás ese megalosaurio sea el último dinosaurio viviente.

Curioseas en torno el suelo, para ver si encuentras algún diente que se les haya caído. No hallas ninguno, pero sí una uña. Te inclinas para recogerla... cuando descubres dos ojos pequeños y brillantes que te observan: es el mamífero que

escapó de debajo de la pila de troncos. Parece comprender que un intento para obtener la carne del brontosaurio puede dar lugar a una dura lucha, ¡y a pesar de todo está midiéndose contigo!

Tiemblas de terror al ver que carga contra ti enseñando ferozmente los dientes. ¡La única posibilidad de escapar es que saltes rápidamente a través del tiempo!



**Huyes 10 millones de años hacia el futuro.
Pasa a la página 10.**

Pero esa «pobre criatura» mide nueve metros de longitud, posee dientes brillantes y puntiagudos y en sus extremidades destacan unas afiladas uñas. Y acaba de percibir el olor a carne fresca: ¡la tuya!

Te dispones a huir rápidamente, pero los pies te quedan atrapados. De repente, toda la pila de troncos rueda bajo tus pies y caes al suelo. En ese preciso instante, un animal peludo, del tamaño de un lobo, sale de debajo de la pila y se escabulle entre los árboles.

Mientras sacudes tu ropa, observas que en realidad las ramas amontonadas cubrían algo —una enorme masa gris, de piel arrugada—, y comprendes que te hallabas de pie sobre un brontosaurio muerto.

Enseñando los dientes, el megalosaurio husmea el cadáver del dinosaurio mientras tú te preparas para escapar. Pero el megalosaurio se detiene junto al cuerpo yacente y empieza a despedazarlo.

Retiras la vista para no contemplar la desagradable escena y al inspeccionar la desolada zona que aparece a tu alrededor se te ocurre algo: criaturas débiles y moribundas, árboles que caen... Parece como si hubieras viajado al final del período de existencia de estos seres: al cretácico. ¡Es probable que ya hayas completado tu misión! Quizás ese megalosaurio sea el último dinosaurio viviente.

Curioseas en torno el suelo, para ver si encuentras algún diente que se les haya caído. No hallas ninguno, pero sí una uña. Te inclinas para recogerla... cuando descubres dos ojos pequeños y brillantes que te observan: es el mamífero que

escapó de debajo de la pila de troncos. Parece comprender que un intento para obtener la carne del brontosaurio puede dar lugar a una dura lucha, ¡y a pesar de todo está midiéndose contigo!

Tiemblas de terror al ver que carga contra ti enseñando ferozmente los dientes. ¡La única posibilidad de escapar es que saltes rápidamente a través del tiempo!



**Huyes 10 millones de años
hacia el futuro.
Pasa a la página 10.**



C

ORRES hacia la cueva y te ocultas en su interior. El dinosaurio con cabeza de pico de pato aún sigue allí, paseando nervioso junto a su nido. Mantiene fija la mirada hacia la entrada de la cueva, como si temiera que el albertosaurio pudiera entrar.

Te quedas junto a la abertura de la gruta, mirando hacia el exterior. El albertosaurio se aproxima lentamente al styracosaurio, luego arremete contra él con las fauces abiertas, y el rival más bajo esquivo el golpe.

Durante unos cuantos minutos, las dos bestias se limitan a moverse en círculos, vigilándose mutuamente. Erguido sobre las poderosas piernas, el albertosaurio muestra una indiscutible ventaja de estatura. Pero el dinosaurio cuadrúpedo es un magnífico luchador: baja la cabeza y hunde su pitón en la bestia enemiga. El bípedo ruga de dolor mientras levanta las garras para apartar a su contrincante.

De repente, del interior de la cueva surge un ruido ensordecedor, parecido a una trompeta. Te tapas los oídos y, al volverte, descubres a la bestia de pico de pato en pleno ataque de rabia: pequeños mamíferos parecidos a ratas atacan con sus afilados dientes a los huevos que aún no se han abierto, y devoran a las criaturas que están a punto de nacer.



El dinosaurio embiste con sus patas delanteras a los diminutos animalitos. Algunos logran escapar de su alcance y corren a esconderse entre tus piernas, donde husmean la suela de tus zapatos. Afuera, el albertosaurio y su adversario ruedan en dirección a la cueva. El suelo se estremece bajo tus pies.

Lo que más deseas ahora es saltar a un período de tiempo más seguro.



Avanzas 140 millones de años,
al siglo XX.
Pasa a la página 19.



Te encuentras junto a una enorme tienda de campaña cuya lona es rayada. Es de noche, y tienes mucho frío.

Quizá puedas escurrirte hasta el interior de la misma y lograr entrar en calor. Hay luz allí dentro y personas penetrando por la puerta principal. Observas que en la entrada hay alguien que comprueba las invitaciones.

Un carruaje tirado por un caballo se detiene junto a ti y un hombre desciende. Con las prisas se le cae la invitación, que tú te apresuras a recoger. Tiene la forma del ala de un pterodáctilo, y en ella han grabado las siguientes palabras: «SOLICITAMOS SU PRESENCIA EN LA FIESTA DEL NUEVO AÑO 1854».

Devuelves la invitación a su dueño, que se palpaba en vano todos los bolsillos, y seguidamente te diriges hacia la parte trasera de la tienda. Descubres que tanto los camareros como sus ayudantes salen apresuradamente del recinto y se acercan a un carromato de aprovisionamiento, volviendo a entrar por una abertura de las cortinas que mantienen alzadas. Imitándolos, consigues una de las bandejas de comida y te deslizas al interior.

No puedes creer que sea verdad lo que ven tus ojos: cerca de una veintena de hombres ya adultos, con expresión seria y vestidos de frac, permanecen sentados, para una cena de gala... ¡dentro de una enorme y extraña estatua de un monstruo con cuatro patas, al que han eliminado el lomo!

Resulta difícil imaginar lo que representa, ya que parece una gorda y gigantesca iguana, aunque tiene un cuerno sobre la nariz.

—¡No te quedes ahí parado —grita el jefe de camareros—, y sirve ahora mismo la comida al profesor Owen!

Te indica a un hombre de pelo blanco y aspecto distinguido, al tiempo que te entrega un plato humeante de rosbif. Para colocarlo sobre la mesa, frente al profesor Owen, te ves obligado a dar un rodeo a la sorprendente criatura y entrar en su cavidad.

Cuando te dispones a hacerlo, un hombre se levanta y, con el tenedor, empieza a dar golpecitos en el vaso para que todos guarden silencio.

—Caballeros —atrae la atención—, me complace presentarles al principal experto en dinosaurios de todo el mundo: al profesor Richard Owen.

En respuesta a una salva de aplausos, el aludido se incorpora. Está situado en la presidencia de la mesa, dispuesta a la altura de la cabeza del monstruo.

—Llévate ese plato —te ordena el mayordomo—, y que lo conserven caliente mientras pronuncia el discurso.

Pero a ti te interesa más escuchar las palabras del profesor que preocuparte de la comida.

—Muchísimas gracias —comienza Owen—, pero lo cierto es que nos encontramos aquí para brindar por otros dos hombres. Primero, en memoria del doctor Gideon Mantell, que descubrió los dientes y el esqueleto del gran iguanodon...

Sonríes mientras los comensales brindan. Así que, después de todo, Mantell logró encontrar un diente de dinosaurio...

—Y, en segundo lugar, por el brillante trabajo del señor Benjamin Waterhouse Hawkins, quien ha construido de manera tan extraordinariamente exacta esta reproducción del iguanodon.

Hay más aplausos mientras Hawkins hace una inclinación de cabeza. Tienes la impresión de que esa estatua tan «extraordinariamente exacta» es del todo errónea, pues no se parece en nada a ninguno de los dinosaurios que conoces, en especial por lo que se refiere a ese pequeño cuerno sobre el hocico. A los paleontólogos aún les queda mucho camino por recorrer en sus pesquisas, pero con el tiempo conseguirán descubrir las verdaderas formas de aquellos seres prehistóricos.

De pronto, sientes que te sujetan por los hombros. El jefe de camareros te obliga a dar la vuelta y coloca su cara frente a la tuya.

—¡Te ordené que te llevaras el rosbif! —sisea, y luego, al escudriñar fijamente tu rostro, parece sorprendido—. ¡Oye, yo nunca te he contratado! ¿Qué haces aquí, estorbando a mis empleados? —Y mientras su mirada recorre los rincones, empieza a gritar—: ¡Policía!

En ese instante todos los comensales desvían su atención hacia ti, así que, para evitar complicaciones, te deslizas entre las cortinas y sales de la sala hacia la noche.

Éste puede ser un buen momento para averiguar cómo era un auténtico iguanodon.



**Retrocedes 140 millones de años,
a los comienzos del período cretácico.
Pasa a la página 25.**



A

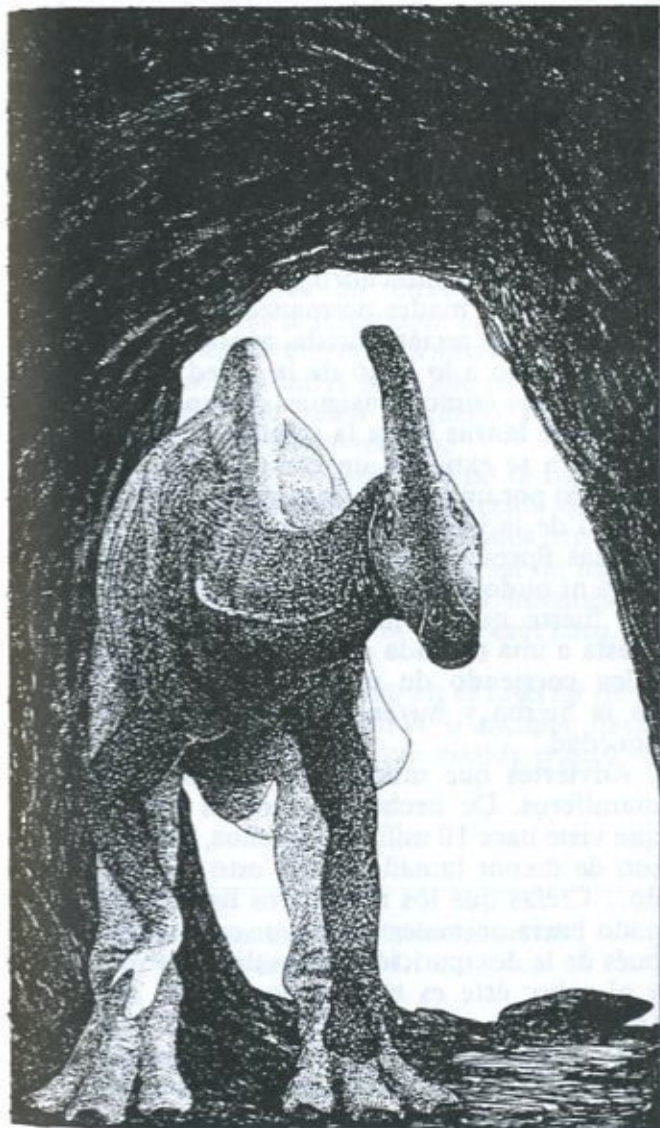
QUÍ todo está mucho más tranquilo, pero también mucho más oscuro. A un metro de distancia se oyen unos leves crujidos. Lentamente tus ojos se van adaptando a la penumbra, y entonces adviertes que te hallas en el interior de una cueva.

Escrutas el lugar de donde surgen los ruidos y distingues un montículo de tierra, plano y circular, en cuyo interior hay unos huevos del tamaño de los de gallina, uno de los cuales está a punto de abrirse. Te inclinas para observarlos de cerca, ya que puede resultar interesante averiguar qué tipo de seres existían 10 millones de años después de que desapareciesen los dinosaurios.

¡Geonnnk! Un gruñido ensordecedor, más intenso que cualquier bocinazo que jamás hayas oído, se provoca en el interior de la cueva. Das media vuelta y te topas con un enorme animal de color verde, con una boca que recuerda el pico de un pato: es el *parasaurolophus*. A través de una prominente trompa rígida sobre la cabeza, resopla encarándote con aspecto furioso.

¿Qué está haciendo aquí un dinosaurio?, te preguntas. Según tus cálculos, se supone que todos deberían haber desaparecido.

Corres hacia una de las esquinas de la cueva, donde la bestia no pueda alcanzarte. ¿Es posible que esa enorme criatura sea la madre de esos huevos tan pequeños? Miras cómo el huevo que



se estaba resquebrajando se abre por fin con un crujido. Efectivamente, un diminuto ser, réplica exacta de su madre aunque del tamaño de una paloma, forcejea con los pies para salir.

Te preguntas cómo ese dinosaurio y su cría lograron salvarse de la extinción de la especie. Quizá sean los únicos supervivientes, lo cual supondría un gran descubrimiento.

Mientras la madre permanece entretenida con su nueva cría recién nacida, avanzas lentamente y en silencio a lo largo de la pared de la cueva. Tan pronto como consigues sobrepasar al dinosaurio, te lanzas hacia la salida.

Afuera se extiende un campo lleno de hierba, rodeado por un bosque de pequeños helechos. En medio de la hierba crecen unas extrañas y policromas flores de grandes pétalos. Nunca habías visto ni oído plantas como éstas. Su perfume es tan fuerte que te hace estornudar, y el ruido asusta a una manada de diminutos animales que salen corriendo de una pequeña masa oscura en la hierba y huyen hacia el interior de una oquedad.

Adviertes que muchos de esos seres parecen mamíferos. De hecho, se parecen a la criatura que viste hace 10 millones de años, sólo que éstos son de menor tamaño. Todo esto es muy extraño... Creías que los mamíferos habían evolucionado hacia animales de mayor envergadura después de la desaparición de los dinosaurios. Al fin y al cabo, éste es el período en que aparecen, ¿no?

Te encaminas hacia el bosque para intentar hallar otras bestias, con la esperanza de que estas pequeñas criaturas no muerdan.

Pero, al cabo de un segundo, llegas a la conclusión de que tu búsqueda ahora carece de importancia, pues entre los árboles avanza acompañado de un ruido sordo un altísimo albertosaurio, enseñando unos afilados dientes a través de su boca abierta. ¡Sin duda es un enemigo al que te interesa esquivar!

Velozmente, corres en dirección contraria, ¡pero descubres que te interpones en el camino de otro dinosaurio! Éste avanza sobre cuatro patas, y tiene gruesas y afiladas púas que nacen de una especie de crin que rodea su cuello. Reconoces que se trata de un styracosaurio.

Con gran pesar, concluyes que no te hallas en la era de los mamíferos. La destrucción que has podido contemplar hace 10 millones de años debe haber sido una extinción parcial de los dinosaurios en uno de sus períodos iniciales: el jurásico. Ahora te encuentras en el cretácico... y en grandes dificultades.

Puedes escurrirte de nuevo en el interior de la cueva con el parasaurolophus, o escapar hacia una época en la que sepas que estarás seguro: el siglo XX.



**Vuelves a ocultarte en la cueva.
Pasa a la página 4.**



**Avanzas 140 millones de años,
al siglo XX.
Pasa a la página 19.**



E

STÁS en una sala enorme y triste, en la cual hay once pupitres de madera oscura. Desde tu sitio puedes ver que cada uno tiene un surtido de plumas de ave, papel y una regla. Sobre la mesa más cercana a ti hay un periódico fechado el 19 de mayo de 1824.

Observas detenidamente la habitación. Por las paredes han colgado dibujos detallados de seres con aspecto de dinosaurios, pero, al acercarte más, observas que todos los dibujos están equivocados. Todos los «dinosaurios» parecen gigantes lagartos con un cuerno, patas en los costados y al nivel de la cadera, y el vientre que se arrastra por el suelo: no tienen nada que ver con los seres que has visto hasta ahora.

¡Creeeeec! Una gran puerta de madera se abre hacia el interior de la sala, y por ella hace su aparición un anciano gordo y vestido elegantemente. Detrás entra un hombre enérgico, que parece lo bastante joven para ser su hijo.

—¡Barón Cuvier! —dice el joven, levantando la voz—. ¡Diría que aquí hay un ladrón!

¡Te han atrapado! Pensando una estratagema a toda velocidad, agarras un trapo que hay en el suelo y empiezas a limpiar el polvo de uno de los pupitres.

—¡Buenos días, señores! —exclamas en tono jovial—. Hay mucha suciedad hoy, pero ya, dentro de poco, lo dejo para ir a almorzar...

Cuvier asiente y vuelve, interesado, la mirada hacia el joven.

—¿Qué estaba diciendo, sir Charles?

—Con el debido respeto, barón Cuvier —prosi-gue sir Charles, algo turbado—, creo que debería tomar el camino más sencillo y declarar que los antiguos seres vivientes murieron a causa de una catástrofe repentina.

—«El debido respeto» es algo que usted debería mostrarme en todo momento —responde el barón Cuvier—. Podría hablarle de las muchas personas que se me acercan para decirme: «Sir Charles Lyell piensa que hace usted el ridículo al apoyar la tesis de que las antiguas criaturas se fueron extinguiendo gradualmente» —su tono de voz se burla del joven—. Un científico de mi reputación ignora los chismorreos.

Mientras Cuvier y Lyell prosiguen la pelea, te das cuenta de que ninguno de los dos ha pronunciado la palabra dinosaurio. Probablemente no se ha adoptado todavía esta palabra para referirse a aquellos seres prehistóricos. Aun así, sus argumentos son muy parecidos a los que los investigadores esgrimían 160 años más tarde. ¡El científico calvo de la conferencia tenía razón!

Una llamada a la puerta interrumpe a los dos personajes, y un hombre de aspecto apagado y silencioso entra con algo que se parece mucho a un diente gigante.

—¡Ah!, doctor Mantell —dice Cuvier, con expresión de enfado—. Acérquese.

—Disculpe que le interrumpa, barón —dice

Mantell, que se muestra impresionado ante el aspecto de la sala-. No hay duda de que tiene usted pocos seguidores -comenta, observando los pupitres.

Cuvier levanta una ceja, como si le hubieran insultado.

-Todos estos pupitres constituyen mi lugar de trabajo: uno para cada uno de mis intereses. Y ahora... ¿en qué puedo servirle, doctor?

-Éste es el espécimen de que le hablé -dice Mantell, entregándole el diente-. Mi esposa lo encontró, y estoy convencido de que pertenece a uno de esos seres gigantescos de los que usted siempre habla.

El barón Cuvier saca una lupa del bolsillo, observa el diente y lo examina superficialmente.

-Le agradezco su vivo interés por los fósiles, señor Mantell -comenta en tono irónico- pero no hay duda de que eso sólo es el diente de un rinoceronte.

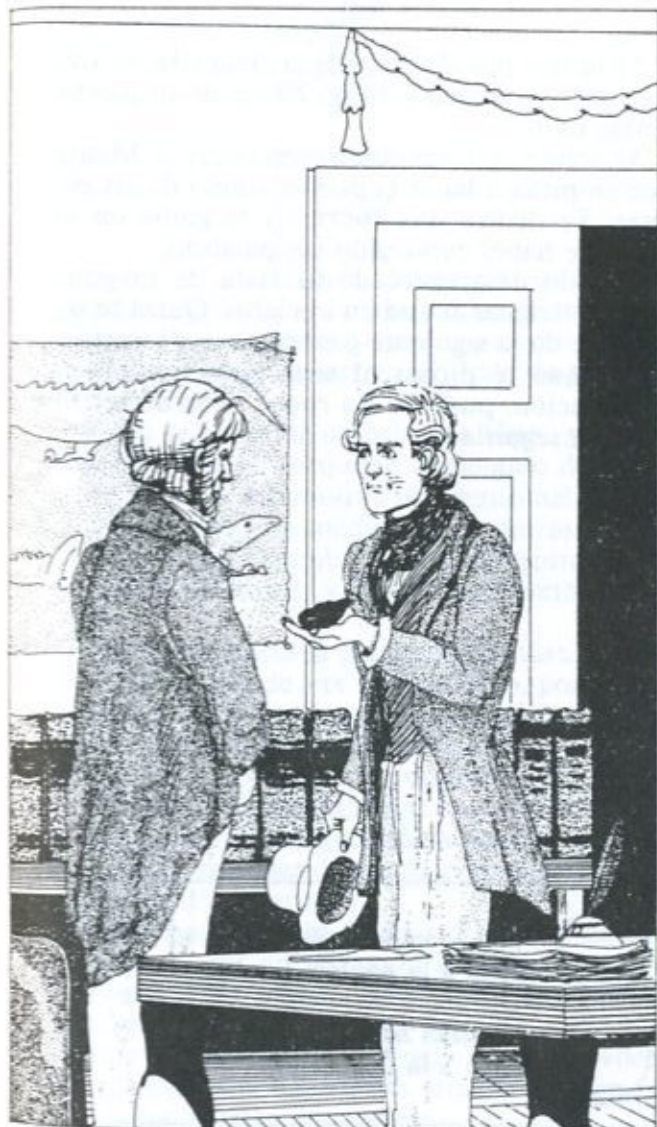
A continuación, Cuvier se vuelve para proseguir su discusión con Lyell. Mantell parece querer iniciar una protesta, pero finalmente se decide a guardar silencio. Por la expresión de su rostro perplejo, dirías que es consciente de que él tiene razón, aunque decide retirarse sin más.

Y tú también piensas lo mismo.

-¡Háganle caso! -gritas a los dos estudiosos-. ¡Él sabe de qué se trata!

¡Cielos! Deberías haberte callado.

-¿Qué ha dicho usted? -exclama el científico más viejo, mirándote con rabia-. Creía que le habrían contratado para limpiar... Quizá lo mejor es que se largue ahora mismo... ¡y no vuelva nunca más!



Te agarra por el cuello de la chaqueta, te arrastra hacia la salida, y luego cierra de un portazo detrás de ti.

Al fondo del vestíbulo descubres a Mantell, que empieza a bajar el primer tramo de las escaleras. Te dedica una sonrisa y te guiña un ojo. Debe de haber escuchado tus palabras.

Cuando desaparece de tu vista, te preguntas cómo averiguar si está en lo cierto. Quizá lo sepa la gente de la siguiente generación... O quizás es mejor que te dirijas al siglo XX para obtener información, pues en esa época debe de ser más fácil conseguirla.



Viajas treinta años hacia el futuro.
Pasa a la página 7.



Avanzas hasta el siglo XX.
Pasa a la página 32.



RUEDAS pendiente abajo en una larga y oscura caída, mientras tus brazos y piernas chocan contra paredes metálicas. Con un golpe amortiguado, por fin te detienes en el suelo.

Ante ti se extiende un estrecho túnel, y al fondo se distingue un pequeño rectángulo de luz. A tu alrededor se arremolina un viento helado que te hace estremecer a medida que avanzas reptando hacia la luz. Descubres que ese respiradero es una rejilla de metal, y enseguida percibes unas voces.

Te arrastras hacia la pequeña abertura y miras hacia afuera, donde ves un vestíbulo, por lo tanto, concluyes que te encuentras en el interior de una conducción de aire acondicionado.

En la pared frontal se ve un letrero que anuncia: «CONVENCIÓN NACIONAL DE PALEONTÓLOGOS», con una flecha que señala hacia la derecha. ¡Esas conversaciones deben de pertenecer a gente experta en dinosaurios!

No hay nadie en el vestíbulo. Después de concentrarte, le das un empujón a la rejilla, que se desprende de la pared... aunque logras agarrarla antes de que caiga al suelo.

Saltas al vestíbulo y te diriges hacia las voces, que salen de una habitación situada tras un par de pesadas puertas de madera.

—¡Aquí están todas las pruebas! —escuchas la expresión de tono elevado—. Lo que chocó contra la Tierra al final de la era de los dinosaurios fue un cometa...

Esta conferencia es justo lo que necesitas para aclarar tus dudas. Te limpias la ropa y te encaminas al recinto.

La puerta cruje al abrirla, pero nadie parece darse cuenta. De las veinticinco personas que están sentadas alrededor de la mesa ovalada, la mitad intenta hablar, mientras la otra mitad toma notas a gran velocidad.

La voz que se oía pertenece a un hombre fogoso, de cabello negro. Tras él, en la pared, aparece un mapa del sistema solar.

—Opino que el Sol tiene una estrella satélite, cuyo nombre es Némesis —continúa el hombre—. Cada veintiséis millones de años, Némesis se aproxima al Sol...

El científico se vuelve hacia el mapa y señala una zona blanca más allá de Plutón.

—A esto se le denomina la nube Oort —explica—, la cual está repleta de cometas. Cuando Némesis pasó por aquí hacia el final del cretácico, su propia gravedad debió de atraer a uno de esos cometas, que se interpuso en la órbita terrestre.

A fin de refrescar la memoria, rememoras en tu mente los tres períodos de la era de los dinosaurios: el triásico fue el inicial, el jurásico fue el período medio, y el cretácico el último.

—Y el choque con este astro levantó una nube de polvo que circundó la Tierra, manteniéndola en la oscuridad, ¿no es así? —escuchas que pregunta una mujer.

—¡Exacto! —apoya excitado el científico—. Por lo

tanto, debido a la falta de luz, todas las plantas murieron, y los animales herbívoros perecieron de hambre...

—Y cuando éstos murieron, los carnívoros no tuvieron nada para comer... —comenta un hombre de pelo blanco y chaqueta de paño, asintiendo pensativo—. No sé, parece un argumento demasiado rebuscado...

Te sientes intrigado por lo que ha dicho el científico de cabello negro, así que preguntas:

—¿Qué pruebas tiene para sostener la teoría de Némesis?

—Disponemos de muestras del suelo, procedentes del cretácico, las cuales evidencian grandes cantidades de iridio en el terreno, exactamente de la época en que los dinosaurios se extinguieron... Y este elemento metálico es una sustancia que se encuentra en todos los meteoros y en los cometas.

Te rascas el mentón pensativo, pues hay algo que no encaja.

—Pero, si la Tierra sufrió la colisión con un cometa, ¿entonces por qué no murieron también los mamíferos? —preguntas.

—¡Magnífica pregunta! —exclama un hombre con barba, incorporándose—. Pienso que la respuesta está relacionada con las grandes llanuras de América. En el jurásico estaban ocupadas por un mar cálido, pero sabemos que éste se vació en el océano durante el cretácico. Es indudable que el clima se enfrió, lo cual provocó la muerte gradual de los dinosaurios...

—Discúlpeme —interrumpe una mujer pelirroja—, pero su muerte estuvo causada por una subida de las temperaturas.

—Eso no es exacto —añade otra mujer—. Al secarse los mares, quedó al descubierto un puente de tierra que unía lo que ahora es Alaska con Rusia. Eso permitió que los dinosaurios se trasladaran de un continente al otro, propagando nuevas enfermedades. ¡Así es como se extinguieron!

Tu comentario ha desencadenado una discusión. Cada uno de los científicos reunidos parece convencido de que posee la mejor teoría que explique la Gran Extinción. Todos hablan tan rápido que sólo puedes captar fragmentos:

—Cierto que el polvo y las cenizas bloquearon la luz solar, ¡pero la causa fueron los volcanes, no un cometa! Durante el cretácico los continentes se separaron, la tierra sufrió alteraciones, y eso hizo que los volcanes se abrieran...

—Murieron a causa de unas flores venenosas que surgieron en el cretácico...

—¡Inversión magnética! El polo norte y el polo sur se desviaron, y eso hizo que la protección atmosférica se quebrara, dejando paso a los rayos nocivos del Sol. ¡Los dinosaurios sufrieron quemaduras que les provocaron la muerte!

—¡Las ratas se comieron sus huevos!

Adviertes desconsoladamente que los especialistas no saben lo que ocurrió verdaderamente. Por sus hipótesis se podrían agrupar en dos conjuntos principales: uno de ellos piensa que los dinosaurios murieron de repente, y el otro cree que eso ocurrió de forma lenta y progresiva, a lo largo de muchísimo tiempo.

Sigues haciendo preguntas, intentando averiguar cuál de las teorías resulta más coherente. Pero ninguno de los argumentos parece determinante. No te queda más remedio que viajar a

través del tiempo para descubrir por ti mismo lo que se produjo en aquel tiempo realmente.

En cierto momento, un hombre bajito y calvo, con una sonrisa boba, se vuelve hacia a ti y te dice:

—¿Sabes una cosa? La verdad es que de la Gran Extinción no se sabe nada más hoy de lo que sabíamos hace ciento sesenta años, cuando se descubrió la existencia de los dinosaurios.

Te preguntas si no tendrá razón este hombre. De pronto, sientes una mano sobre tu hombro. Te vuelves y descubres a un hombre corpulento, vestido con el uniforme de los guardias de seguridad. Te hace señas de que le sigas hacia la salida.

—Eres muy joven para ser un paleontólogo, ¿no te parece? —te pregunta.

Sonríes inocentemente y al mismo tiempo asientes con la cabeza.

—¿Puedo ver tu carnet de identidad? —prosigue el guardia.

—Yo... —dices, rebuscando en los bolsillos—. Debo de haberlo dejado en...

—¿En la conducción del aire acondicionado? —termina él, con un tono sarcástico.

De detrás de la puerta saca la rejilla rota y la pone ante tus narices. Tragas saliva, y notas cómo tu cuerpo se cubre de un sudor frío.

—Un pequeño vándalo eres tú —comenta el guardia, mirando la uña de dinosaurio que aún conservas en la mano—. ¿Has robado algo que pertenezca al museo?

Empiezas a retroceder hacia la salida.

—¿Del museo...? Noooo... Yo... sólo me perdí mientras buscaba...

En ese momento te zafas de su sujeción y corres hacia el vestíbulo. Lo último que te apetece ahora es tener que dar explicaciones.

Debes escapar a través del tiempo, pero tendrás que hacerlo precipitadamente. ¿Buscarás en alguna parte del siglo XX a alguien que conozca la respuesta correcta de cómo se produjo la Gran Extinción?

¿O acaso el científico calvo tenía razón?



Retrocedes una semana para buscar a alguien que conozca la causa de la desaparición.
Pasa a la página 32.



Retrocedes 160 años para ver si el científico calvo tenía razón.
Pasa a la página 14.



Lo primero que percibes es el olor dulzón que flota en el aire. Estás en un bosque de hoja perenne, en el cual surgen extrañas flores de múltiples colores, con pétalos carnosos y gruesos tallos. Respiras profundamente, pues esas plantas no se parecen a ninguna que hayas visto u olido antes. A su alrededor revolotean libélulas del tamaño de un murciélago.

A tu derecha, los árboles llegan hasta la ribera de lo que parece un lago enorme, o quizás un mar. Te acercas a la orilla, donde las aguas lamen el esqueleto de un dinosaurio de cuello largo medio cubierto por la arena. Todo parece muy tranquilo. Quizá por accidente has llegado a una época posterior a la Gran Extinción...

Pero el sosiego no dura mucho: a través de la arboleda se oye el estruendo de unas pisadas que se acercan. Al volverte observas estupefacto una enorme garra escamosa que se curva alrededor del tronco de un árbol. Pero esa mano no se parece a ninguna de las que has visto hasta este momento: en lugar de pulgar posee un pitón que te resulta extrañamente familiar... En un instante recuerdas el motivo: ¡es idéntico al cuerno que aparecía en la cabeza del iguanodon de la fiesta de Año Nuevo en 1854!



Pero no te hace muy feliz descubrir el error de Benjamin Waterhouse Hawkins. No hay duda de que te hallas frente a un auténtico iguanodon, pero este ejemplar está a punto de atacarte... ¡y su garfio parece muy afilado!

En el preciso momento en que te vuelves para echar a correr, algo te impulsa hacia arriba, como si te encontraras en un ascensor. Miras hacia abajo y descubres que te hallas de pie sobre una combada plataforma de láminas de metal, y que de ambos lados de la plataforma surgen unas púas largas y afiladas.

¡Graaaaaac! La plataforma ruge mientras tu rostro palidece al comprender que estás sobre la espalda de un ankylosaurio acorazado.

Te aferras a su cuello mientras la bestia cuadrúpeda carga contra el iguanodon. La lucha puede resultar bastante espectacular..., pero prefieres no participar en ella.

Es mejor que te marches de ahí inmediatamente. Pero a ti te interesa triunfar en tu misión y averiguar exactamente cuándo tuvo lugar la Gran Extinción. Un viaje al siglo XX quizá pueda proporcionarte algunas pistas.



Avanzas 120 millones de años,
al siglo XX.
Pasa a la página 32.



T

US pies chapotean por el barranco mientras huyes a toda velocidad. Detrás de ti percibes el chasquido de los arbustos y de los pequeños árboles a medida que la roca pasa sobre ellos. En cuestión de segundos estarás completamente...

¡Chaf! Antes de que puedas darte cuenta de lo ocurrido, te hallas bajo el agua: has caído en un charco profundo y estrecho en medio del barranco, y la enorme roca pasa sobre ti dejándote completamente ileso.

Contienes el aliento mientras escuchas cómo el estruendo se debilita a lo lejos. Con precaución, sacas la cabeza a la superficie. A varios metros de distancia se tiende un arroyo poco profundo y lleno de rocas que serpentea hacia arriba, fuera del barranco. A paso lento asciendes por el arroyo, en contra de la corriente.

Al cabo de poco ya has salido del barranco y escalas una pequeña colina. Al llegar a la cima te detienes para observar la destrucción y el caos que reina a tu alrededor. Quizá desde ahí puedas otear cuál ha sido la causa de tal catástrofe.

Resulta fácil percibirla, pues lo delata el humo que surge de un agujero que parece tener unos dos kilómetros de diámetro.

¿Se trata del cráter que surgió al chocar un cometa o un asteroide con la Tierra? Si es así, habrás solucionado uno de los mayores enigmas de la historia natural.

Aguarda un momento. Es probable que un volcán tan grande haya perdurado a través de los siglos. ¿Dónde puede hallarse?

Si te trasladas al siglo XX, y te mantienes en este mismo enclave, podrás encontrarlo.



**Avanzas 65 millones de años.
Pasa a la página 53.**



CHAAASSS! Te agachas esquivando una bola de fuego que pasa zumbando por encima de tu cabeza y cae al pie de un árbol, que, inmediatamente, resulta incendiado. En unos segundos, por la hierba seca que hay a su alrededor se extienden las llamas y.... ¡empiezan a aproximarse hacia ti!

Das media vuelta y huyes desesperadamente, aunque te ves obligado a competir con unos veinte dinosaurios de pico de pato, que escapan en tu misma dirección desde el árbol quemado mientras hacen sonar sus trompas furiosamente.

Si no te aplastan los dinosaurios en su embestida, acabará contigo el fuego. Parece como si tus pulmones fueran a estallar mientras corres hacia la derecha, en dirección a un montículo empinado y cubierto de cenizas, donde te arrojas a un profundo barranco que hay al pie.

Los animales pasan en estampida, y tú permaneces allí sentado: en torno a ti el suelo está demasiado húmedo para que el fuego pueda prender. Sinttiéndote algo más seguro, contemplas el paisaje que te rodea: nunca en tu vida habías visto tanta destrucción. Bajo un cielo ennegrecido, el suelo está cubierto de cadáveres de tyrannosaurios, triceratops y picos de pato, al tiempo que se multiplican las explosiones ensordecedoras.

¡Debes de hallarte cerca del período de la Gran Extinción! Esas especies de dinosaurios vivieron al final del cretácico, y sin lugar a dudas ésta es la mayor de las catástrofes. Ahora todo cuanto debes hacer es hallar un diente de dinosaurio y marcharte enseguida.

Te cubres con una mano la boca y con la otra despejas el humo mientras inspeccionas el suelo. Por el Banco de Datos sabes que los dinosaurios mudan los dientes con regularidad, ya que siempre tienen otros creciendo para sustituirlos. Sin duda podrás encontrar un par de ellos por aquí.

Pero es posible que no sea tan sencillo, ya que desde lo alto del montículo baja rodando una enorme piedra... ¡dispuesta a convertirse en una tarta prehistórica!

Alzas la mirada y observas cómo las llamas bailan justo al borde del barranco, así que tendrás que esquivar la roca.

Si consigues escapar, podrás conocer más datos acerca de la Gran Extinción. Pero, si prefieres saltar hacia el futuro, al menos tendrás la seguridad de que seguirás con vida.

Debes tomar una decisión, pues el tiempo se agota.



**Intentas esquivar la impresionante roca.
Pasa a la página 28.**



**Saltas hacia el futuro.
Pasa a la página 37.**

N O puedes ver absolutamente nada. A tu alrededor se distingue un estruendo de voces aunque amortiguado, y el aire aquí es sofocante. Avanzas a tientas en la oscuridad.

¡Plaf! El suelo es tan blando y elástico que te hace perder el equilibrio. Al caer topas con la puerta que se abre con estrépito. Aterrizas en una enorme sala brillantemente iluminada.

—¿Te encuentras bien? —pregunta alguien—. ¿Qué estabas haciendo dentro de un armario lleno de moquetas usadas?

Levantas la mirada y descubres a una muchacha de pelo rubio que te contempla mientras sonríe divertida. Detrás de ella, decenas de personas pasean entre los objetos que se exponen sobre distintos mostradores. Colgada entre dos aros de baloncesto, aparece una pancarta que tiene escrito en grandes letras: «EXPOSICIÓN DE SEXTO GRADO DE CIENCIAS».

—¿Es esto un gimnasio? —preguntas en voz baja.

—¡Brillante deducción, amigo Watson! —exclama la muchacha—. ¿Expones algo aquí?

—¿Exponer...? Yo..., no... —respondes a medida que te incorporas del suelo.

—¡Perfecto! ¡Entonces únete a los demás y observa mi exposición! —La muchacha señala un panel cubierto con dibujos de dinosaurios—. Yo la titulo «Los dinosaurios de Deena».



Sonríe ampliamente y muestra la etiqueta de identificación que lleva colgada: ¡HOLA! ME LLAMO DEENA KRILLBORN.

Observas la extraña reproducción de un reptil de color rosa y con alas.

—¿Rosa? —preguntas.

—Algunos científicos lo creen así —explica Deena—. Los flamencos rosa obtienen su color de las algas marinas que comen, y eso es exactamente lo que comía este pterosaurio.

Dudas sobre si aquí conseguirás algún tipo de información acerca de la Gran Extinción. Antes de que puedas formular la pregunta, Deena empieza a hablar:

—Mi exposición empieza con el descubrimiento de una uña de iguanodon por parte de Gideon Mantell, la cual entonces se pensó que se trataba de un diente. Seguidamente examino la evolución de los dinosaurios justo hasta la Gran Extinción...

—Oh, perdona —la interrumpes—. Querría hacer algunas preguntas acerca de la extinción...

—¡Magnífico! —exclama la muchacha, casi saltando de excitación—. Mis investigaciones muestran que la evolución está muy relacionada con ella.

Se aproxima a uno de los dibujos, en el cual aparece un ser con una aleta grande y plisada sobre la espalda. La prominencia casi parece la vela de un barco.

—Esto es un dimetrodon —explica—. No es un dinosaurio... ¿Sabes cómo se nota la diferencia? —pregunta, pero, antes de que puedas responder, Deena prosigue—: En primer lugar, se trata de un anfibio, lo cual quiere decir que puede vivir tanto

en tierra como en el agua... En segundo lugar, sus movimientos son lentos y tiene la sangre fría... La mayoría de los científicos cree que los dinosaurios eran animales de sangre caliente. Pero lo más obvio reside en sus patas: los muslos nacen lateralmente de sus caderas, como ocurre con los lagartos y los cocodrilos. Los dinosaurios se transformaron en animales que andaban erguidos, con las patas delanteras apuntando al frente.

—Sí, pero la Gran Extin...

—¡Ya llegaremos a eso! —replica Deena, con un leve tono de impaciencia y piensas que es mejor que la dejes continuar—. Los anfibios gigantes se extinguieron cuando una raza más resistente y más veloz se impuso: nuestros antepasados los reptiles con forma de mamíferos.

Deena sonríe con orgullo, y tú la complaces devolviéndole la sonrisa, con la esperanza de que entre en materia de una vez.

—Luego, de repente, los dinosaurios hicieron su aparición... Durante los siguientes ciento ochenta millones de años, evolucionaron en cientos de especies, grandes y pequeñas. Seguramente todos nuestros antepasados mamíferos fueron exterminados, pero, por algún motivo, los más pequeños sobrevivieron.

—Si algunos pequeños mamíferos siguieron viviendo durante la dominación de los dinosaurios, ¿entonces cómo lograron sobrevivir a la Gran Extinción?

—Bueno, eso tiene algo que ver con la evolución. Quizá se deba a que los mamíferos eran más listos... Quizá se comían los huevos de los dinosaurios...

—Así que la pista es que hay que conocer más

datos acerca de la evolución... —comentas, medio para ti.

El rostro de Deena enrojece, y comprendes que ha tomado tu comentario como un insulto.

—¡Supongo que tú lo habrías hecho mejor! —replica, poniéndose en jarras—. ¡He pasado tres meses preparando esta exposición! ¡Mira la calidad de mis diseños!

Mientras ella se encamina hacia una de sus maquetas de dinosaurio, retrocedes hacia la salida. Lo cierto es que no te interesa verte metido en ninguna discusión.

—¡Gracias, Deena! ¡Debo marcharme! —exclamas apresuradamente.

Te sientes intrigado por lo que ella ha dicho acerca de la evolución, pero prefieres intentar descubrir inmediatamente los motivos de la Gran Extinción.



**Inténtalo 65 millones de años
hacia el pasado.
Pasa a la página 30.**



Un objeto en llamas aparece en el cielo ennegrecido y toma la dirección hacia donde te encuentras, obligándote a lanzarte al suelo. El objeto te golpea de lleno en la cara... pero antes se ha convertido en una pesada torta de hollín.

Entre toses, intentas sacudirte las cenizas de la cara. Entonces miras a tu alrededor, pero no parece que hayas ido a ninguna parte. El cielo está igualmente oscuro, y resuenan las mismas explosiones. ¿Es posible que eso sea el fin de la Gran Extinción? Miras a tu alrededor en busca de dinosaurios, pero no ves ninguno.

A través de la bruma distingues la silueta de varias figuras en movimiento, pero no son dinosaurios, ¡sino personas! La mayoría son de tez oscura, vestidas con muy poca ropa, y dominadas por el pánico. Corren directamente hacia ti, y no parece que tengan intención de detenerse.

Uno de aquellos seres te descubre y grita:

—¡Krakatoa! ¡Krakatoa!

Te hace gestos señalándote a lo lejos, al tiempo que te ayuda a levantarte.

Observas por encima de su hombro y entonces te paraliza un ruido sordo que bruscamente estremece el suelo, y a través del aire contaminado logras ver un monstruoso cono resplandeciente: ¡el volcán Krakatoa!

Todo es muy parecido a lo que has visto en otras ocasiones; así que quizá lo que provocó la Gran Extinción fuese un volcán y no un cometa.

Cuando las rojas llamas estallan allí arriba, una voz atraviesa la oscuridad:

—¡Vamos, compañero! ¡Sube al bote o no vivirás para ver el 1884!

Pero te hallas bloqueado por la impresión: justo frente a ti, extendiéndose a gran velocidad, se aproxima un humeante río de lava lleno de burbujas.

Ha llegado el momento de marcharte, pero... ¿a dónde? Quizá lo mejor sea hacer caso del consejo que te dieron antes: averiguar las causas de la Gran Extinción mediante el estudio de la evolución... Como mínimo, eso será menos peligroso.

Después de asegurarte de que nadie puede verte debido a la espesa bruma, rápidamente te trasladas al pérmico para estudiar a los seres que habitaban la Tierra antes de que aparecieran los dinosaurios.



Retrocedes 265 millones de años.
Pasa a la página 43.





B

OC! ¡Boc! De detrás

de unas lejanas lomas provienen unos ruidos extraños, como si algún equipo de béisbol efectuara su entrenamiento, sólo que estos sonidos son mucho más intensos y agudos. Puede que hayas avanzado 30 millones de años hacia el futuro, pero el pantano, y su fuerte olor a amoníaco, aún perdura.

Decides ir a ver qué hay al otro lado de las lomas. A medida que te aproximas a ellas, el hedor disminuye. En cambio, el ruido se percibe cada vez con mayor nitidez.

Llegas a la cima y miras al otro lado: dos animales corpulentos y de piel escamosa luchan a muerte. Te alegras de hallarte a salvo de su ira.

Aunque no por mucho tiempo, pues el suelo cede bajo tus pies y resbalas por una pendiente embarrada. Al llegar al suelo, observas que te has detenido a una distancia de tres metros de las bestias que pelean.

De cerca parecen incluso más espantosos. Su aspecto es parecido al de un búfalo, pero sus cabezas recuerdan las bolas del antiguo juego de bolos: redondas y recias, cubiertas por una piel tensa y brillante.

Mientras las dos criaturas van trazando círculos, prácticamente puedes notar su aliento ardiente. Consideras la posibilidad de deslizarte a su lado, pero si te descubren puedes verte en dificultades. Así que permaneces allí sentado, muy rígido, aguardando.

Por el Banco de Datos sabes que se trata de unos tapinocephalus, reptiles que probablemente evolucionaron a mamíferos. Tienes que hacer acopio de valor al asistir al momento en que ambos se atacan mutuamente con la cabeza inclinada hacia abajo.

¡Cloc! El sonido retorna en eco de las lomas circundantes en el instante en que las dos cabezas entran en contacto. Uno de ellos cae abatido en el suelo.

De repente, descubres que no estás solo. Oculta entre las sombras se distingue una baja y siniestra figura: escurridiza como un reptil, aunque con aspecto de lobo. Al mostrarse a la luz del sol, relampaguea el destello de dos enormes y afilados colmillos.

Sin previo aviso, el lobo reptil ataca al tapinocephalus victorioso. El animal más grande ruge amenazador, pero el ser inferior sabe que su adversario se ha debilitado con la lucha. Entonces clava sus dientes en la pierna de su enorme adversario, quien, en vez de seguir luchando, se limita a revolverse para soltarse, y luego se aleja cojeando.

Ahora el lobo reptil se dirige hacia el tapinocephalus muerto, y tú empiezas a alejarte de puntillas.

Pero ya es demasiado tarde: la alimaña te ha descubierto. Con un sonido que parece tomar

parte de un alarido y un ladrido, la bestia corre hacia ti.

Intentas huir, pero resbalas en el fango. Tu amenazador enemigo se planta ante ti y te enseña los dientes.

Pero lo único que hace es husmearte con el hocico. Retrocedes, pero el animal no desiste. ¡Te está haciendo cosquillas!

No tardas en rodar por el suelo partiéndote de risa. Percibes que el animal olisquea tu bolsillo, así que metes la mano en él y sacas dos tiras de cecina.

¡Snap! Esquivando por poco tus dedos, esa criatura devora la carne seca y luego se marcha.

Das un suspiro de alivio, pero hay algo que te intriga. Por todos lados hay mamíferos de aspecto feroz. Parece como si hubieran heredado la tierra de los seres con aleta en la espalda, y los dinosaurios aún tuvieran que aparecer y quitarlos de en medio. ¿Qué fue lo que permitió a los dinosaurios arrebatarse la tierra a las otras especies dominantes durante la era mesozoica?

Si avanzas 20 millones de años podrás ver qué fue de los mamíferos y el comienzo de la era de los dinosaurios.



Pasa a la página 50.



FFF! El olor a amoníaco es insoportable, y con la mano te tapas la nariz mientras inspeccionas tu entorno: estás en medio de un pantano de la prehistoria. Intentas avanzar por la orilla, pero tus pies se hunden en el lodo.

En el cenagar hay alguien más... a quien no parece importarle el olor. Apostado sobre una roca en medio del lodazal hay un animal con un aspecto que te resulta familiar. Su columna vertebral está constituida por una aleta ondulada que se parece a la vela de un barco. Recuerdas cuándo lo viste con anterioridad: en la exposición de Deena. Se trata de un dimetrodon, un reptil que existió mucho antes de que aparecieran los dinosaurios.

En efecto, tal como explicó Deena, sus patas se extienden planas directamente desde la cadera y no hacia abajo, como las de los dinosaurios que has visto.

Pero también descubres otra cosa que le diferencia, y es que esa criatura parece un auténtico perezoso, pues permanece sentado allí sin moverse, observando el agua. En vez de cazar, aguarda a que la presa vaya hacia él.

En el agua, a poca distancia del dimetrodon, unos anfibios de aspecto extraño nadan chocando constantemente unos contra otros. Tienen una cabeza en forma de boomerang y, debido a que los ojos se encuentran sobre la misma, ¡son incapaces de ver hacia dónde se dirigen!

No puedes evitar reírte de ellos, pero tu sonrisa se borra inmediatamente al descubrir a un horrible anfibio de cabeza plana que se aproxima hacia el pantano. Es un eryops, y su tamaño es casi igual al del dimetrodon.

Te apartas de un salto, pero él no parece interesarse por ti. Se deja caer al agua con un ruido sordo y de un bocado atrapa a un pez.

El dimetrodon continúa inmóvil, y empiezas a pensar si no estará en coma.

Pero... ¡tan pronto como el visitante se halla en medio del pantano, el animal-estatua da un salto! Mediante un fuerte golpe con las garras, el dimetrodon logra hundir sus dientes en el anfibio y obtiene rápidamente una gigantesca ración de comida.

Luego, la criatura de espalda curvada salta sobre la roca y vuelve a su perenne posición, completamente quieta, igual que antes.

Estos seres son mucho más primitivos que los dinosaurios, pero igualmente temibles. Sientes curiosidad por ver cómo perdieron su dominio, pero no estás muy seguro de cuánto tiempo debes avanzar. Además, también quieres apartarte de este hedor.



Avanzas 30 millones de años.
Pasa a la página 40.



Avanzas 50 millones de años.
Pasa a la página 50.





ESTÁ demasiado os-

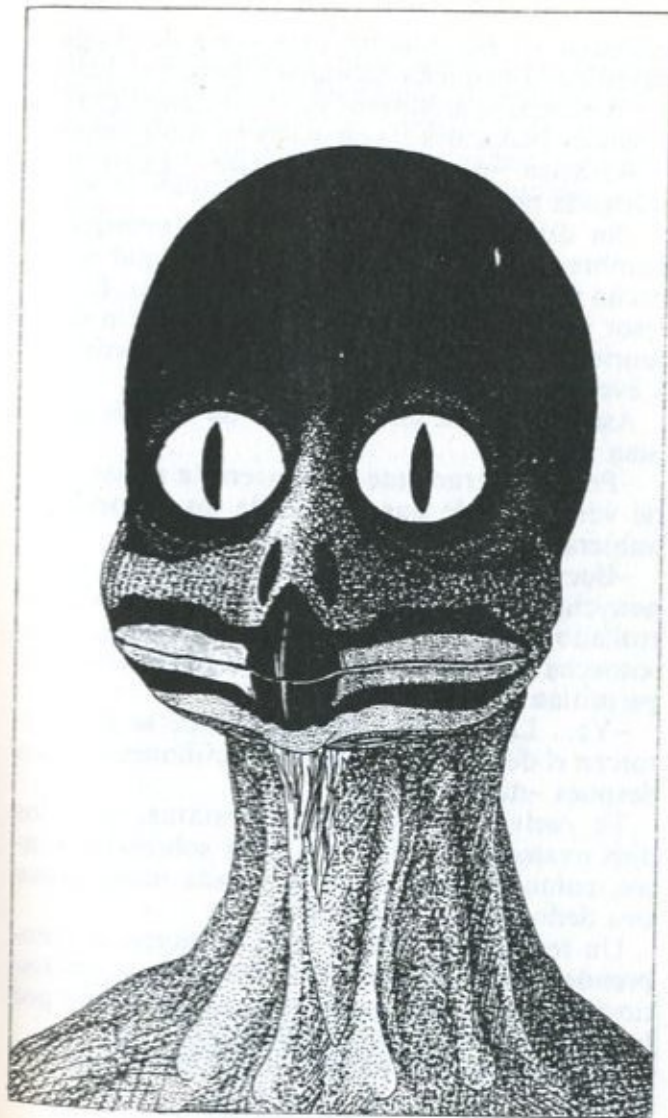
curo para que puedas distinguir algún contorno. Te encuentras recostado en una superficie plana y lisa, y pasas lentamente la mano por ella hasta que tus dedos tropiezan con un interruptor. Le das un golpecito hacia arriba e inmediatamente se enciende una luz que te ciega. Retrocedes mientras parpadeas, y chocas con alguien que se halla detrás de ti.

—Perdone —empiezas a decir mientras te vuelves—. No era mi intención...

De pronto enmudeces: te hallas frente a un extraño humanoide de ojos abultados, piel correa y dedos que parecen garras. Intentas escapar por la puerta, pero está cerrada con llave. Luego vuelves a mirar hacia atrás, y ves que aquel ser continúa quieto como una estatua, mirándote fijamente.

—Yo... vengo en son de paz —balbuceas.

Pero el prodigioso ser sigue sin decir nada. Sin



embargo, en ese instante, oyes voces detrás de la pared de la pequeña habitación donde te hallas.

–Bienvenida al Museo Nacional Canadiense de Ciencias Naturales... –escuchas en tono varonil.

–Gracias –responde una mujer–. Estoy muy intrigada por ver esa reproducción.

–Su diseño es bastante peculiar –prosigue el hombre–, pero debe tener presente que se ha hecho según suposiciones de especialistas. El profesor intentó imaginar cómo podría ser un dinosaurio si hubiese sobrevivido a la Gran Extinción y evolucionado hasta el presente.

Así que lo que tienes ante ti no es más que... ¡una maqueta!

–Pero, sinceramente –interviene la mujer–, ¿es de veras posible que alguno de los dinosaurios hubiera podido desarrollar inteligencia?

–Bueno, uno de los últimos dinosaurios, el *Stenonychosaurus*, tenía el cerebro incluso más desarrollado que los mamíferos de su época. Y se sospecha que sus manos poseían pulgares que le permitían asir.

–Ya... Las mismas cualidades que se apreciaron en el desarrollo de las abejas millones de años después –dice la mujer.

Te vuelves para observar la estatua: tiene los ojos ovalados, la nariz y la boca sobresalen juntos, como si fuera un pico, y cada mano posee tres dedos largos y huesudos.

Un temblor te recorre todo el cuerpo al comprender que si no hubiese ocurrido la Gran Extinción, ¡esas criaturas podrían circular ahora por la Tierra en lugar de los humanos!

La pareja se detiene justo detrás de la puerta, y percibes el tintineo de unas llaves.

Hay que escapar a través del tiempo antes de que alguien te vea... Dado que ya has observado la evolución a través del pérmico y del triásico, inmediatamente decides que ya es hora de trasladarte al siguiente período de los dinosaurios: el jurásico.



**Retrocedes 160 millones de años.
Pasa a la página 63.**



E hallas en una espesa y oscura selva, a comienzos del triásico, millones de años después de que se extinguieran los dimetrodons. Quizás ahora que has alcanzado la era de los dinosaurios logres descubrir por qué causa los primeros seres de esta especie pudieron iniciar su dominio de la Tierra.

Ya estás a punto de obtener tu respuesta... Abriéndose paso entre la maleza surge un animal peludo que se parece a un perro muy crecido, sólo que sus patas son como las de un cocodrilo y ostentan uñas afiladas. Se trata de un cynognathus, al que algunos científicos consideran un antecesor de todos los mamíferos, posiblemente incluso de los humanos.

Tras él, persiguiéndole, aparece la más espantosa de las criaturas que hayas visto. Mide unos cinco metros de longitud, y su cuerpo es recio y pesado. Pero lo más terrible de su aspecto es la cabeza gigantesca, con una boca tan grande que cabrías dentro. Se trata de un erythrosuchus, uno de los primeros dinosaurios auténticos.

Ambas criaturas avanzan con el cuerpo pegado al suelo, con las rodillas apenas sobresaliéndoles de las caderas. Observas que ninguno de los dos ha desarrollado el tipo de patas que poseen los dinosaurios del último período: las que se extendían rectas y no hacia afuera.

El erythrosuchus alcanza al animal más pequeño en un claro que hay allí cerca, y ambas criaturas se cuadran, una frente a la otra. El cynognathus intenta morder a su enemigo más corpulento, aunque también más lento.

Al principio piensas que el dinosaurio parece poco ágil para el cynognathus, pero, tan pronto como abre la boca, cambias de opinión: piensas que este último no puede hacer gran cosa contra las amenazadoras fauces de su adversario. Con un par de poderosas embestidas, el erythrosuchus destroza al desvalido animal.

Ahora comprendes por qué los primitivos mamíferos sucumbieron ante las nuevas criaturas. Pero has oído decir que el cynognathus puede ser tu antepasado, así que... ¿cómo evolucionó durante los 60 millones de años que siguieron, mientras los dinosaurios se apoderaban de la Tierra? Después de todo, debe de ser muy difícil para una especie evolucionar al tiempo que se ve dominada por unos enemigos más grandes y más fuertes.

Sientes lástima por tu posible antecesor, pero sólo hasta que te das media vuelta y te encuentras frente a otro que te mira fijamente, sólo que éste está vivito... y babeante.

Lanzas un grito de terror, y el cynognathus se detiene y levanta la cabeza.

—¡No te acerques! —gritas, gesticulando.

La bestia retrocede, y comprendes que se ha asustado.

—¡Buaaaaa! —gritas, y el animal escapa corriendo, mientras gimotea como un cachorro.

Te sientes orgulloso de ti mientras planeas el siguiente movimiento.

Podrás obtener algunas pistas acerca de la Gran Extinción si sigues la evolución de los dinosaurios hasta el siguiente período, el jurásico. Pero ahora sientes curiosidad por otras cosas: ¿qué ocurrió con estos enormes seres que permitió a los mamíferos recuperar el dominio después de la Gran Extinción? Y, ¿qué habría ocurrido si los dinosaurios hubieran sobrevivido hasta nuestros días? Un científico del siglo XX podría ayudarte a responder esta pregunta.



Avanzas 50 millones de años, al jurásico.
Pasa a la página 63.



Saltas 160 millones de años hacia el futuro, al final de la era mesozoica.
Pasa a la página 55.



Te instalas en el siglo XX.
Pasa a la página 46.



ESTE lugar no se parece en absoluto al que abandonaste hace 65 millones de años. A tu alrededor, una meseta se extiende a muchos kilómetros de distancia.

Por todas partes se distingue el ajetreo de hombres con turbante y de mujeres que se cubren con velos. A lo largo de la calle aparecen alineadas varias tiendas. Te diriges hacia el tendero que permanece de pie frente a uno de los negocios.

—¿Eres un turista, verdad? —te pregunta—. ¿Es la primera vez que visitas la India? ¿Qué te parece la meseta del Deccan?

Te sientes intrigado, pues aquí debería haber un cráter. Quizás ese hombre pueda proporcionarte alguna pista.

—Muy bien, gracias —respondes—. Soy estudiante, y quizá pueda usted decirme algo acerca de cómo se formó esta región...

—¡Oh!, ya entiendo... Un futuro geólogo —comenta el hombre, asintiendo con la cabeza—. Bueno, en otro tiempo esta región fue un campo de lava, formado por millones de años de erupciones volcánicas...

De pronto empiezas a ver claro.

—¿Y cuándo se inició la actividad de los volcanes? —preguntas.

—¡Oh!, hará unos 65 millones de años, según me explicaron unos científicos.

Así que no fue un solo cráter lo que provocó el desastre que pudiste presenciar...

—Quizá fuera toda una erupción volcánica lo que provocó la extinción —murmuras para ti.

Al oír tu comentario, el rostro del hombre se le ilumina.

—¿La extinción? —pregunta—. Así que eres un estudioso de la prehistoria, ¿eh? Yo también lo soy. De hecho, he hablado con todos los expertos en dinosaurios que han pasado por aquí.

—¿Qué ha descubierto usted acerca de la Gran Extinción? —preguntas.

El hombre coloca un nudoso dedo sobre los labios.

—La tierra guarda muchos secretos... Secretos que no deben revelarse. —Luego te mira fijamente a los ojos—. Ten esto siempre presente: sólo es posible determinar el final mediante un examen del comienzo...

Seguidamente el hombre te dedica una misteriosa sonrisa y, con paso lento, te abandona y entra en la tienda.

Te quedas en mitad de la calle, rascándote la cabeza. ¿Qué ha querido decir con aquello? ¿Que debes escrutar el período de tiempo anterior a la era de los dinosaurios, si quieres descubrir alguna pista que te permita cumplir tu misión? Quizás haya querido insinuar lo mismo que indicó Deena: que la clave consiste en saber más cosas acerca de la evolución.



Retrocedes 280 millones de años, al pérmico, antes de que los dinosaurios existiesen. Pasa a la página 43.



ESTÁS en medio de dos dunas de arena, y a tu alrededor no hay gran cosa aparte de los hierbajos de la playa, pero se oyen las embestidas del agua por allí cerca. Subes a una de las dunas e inspeccionas el paraje. No lejos de allí hay un río.

A medida que te aproximas a él, descubres unos pequeños anfibios de aspecto extraño que saltan y se zambullen en la corriente. La mayoría te son completamente desconocidos, pero hay algunos que se parecen a las salamandras. No tardas en descubrir a una criatura que indudablemente has visto con anterioridad: se trata de una rana.

Te preguntas si serás lo bastante hábil para poder atraparla. Te acercas de puntillas a la rana, que se queda totalmente quieta... Luego te inclinas encima de ella y alargas el brazo.

Tu mano intenta, con un rápido gesto, alcanzarla, pero el anfibio es mucho más veloz: se aleja de un salto y desaparece en el agua, al tiempo que tú caes de bruces.

Te incorporas sonriendo... hasta que oyes un siniestro silbido detrás de un arbusto medio sumergido. Un dinosaurio del tamaño de un pavo y ojos abultados te está mirando, como si te regañara por espantarle la caza. Por tu Banco de

Datos sabes que se trata de un stenonychosaurio, uno de los dinosaurios de finales del cretácico. Puede que sea pequeño, pero parece bastante peligroso.

En él hay algo distinto a las demás especies que has visto. Los movimientos de su cabeza son más rápidos, y sus ojos parece como si te examinaran de forma más inteligente.

Durante un buen rato permanece allí quieto, con los ojos que se disparan de un lado a otro. Al cabo de poco, otra rana salta cerca del agua. El stenonychosaurio la vigila, pero no se avalanza sobre ella. Por el contrario, aguarda mientras un pequeño animal surge de detrás de una duna. Su aspecto es parecido al de un perro, sólo que posee unos enormes colmillos que se asoman hacia afuera.

Te preguntas quién será más listo, si el mamífero o el dinosaurio.

El mamífero se acerca lenta y furtivamente al anfibio, pero éste le ve y se zambulle en el agua. Rápidamente, aunque algo tarde, el mamífero salta al agua en su persecución.

El stenonychosaurio aguarda hasta que el mamífero se halla en el río y entonces lo ataca, aprovechándose de que el contrincante se encuentra desprevenido y no puede huir, pues está sumergido en el agua hasta las rodillas.

Ambos son muy buenos luchadores, pero la estrategia del reptil le ha dado ventaja. No hay duda de que, entre todos los dinosaurios que has visto hasta ahora, éste es el cazador más inteligente. Y su recompensa consiste en una abundante y jugosa cena de mamífero... en vez de una pequeña rana.



Impresionado ante la astucia del stenonychosaurio, te preguntas qué habría ocurrido si éste hubiese sobrevivido a la Gran Extinción.

¿Habría evolucionado hasta adquirir una inteligencia superior, como la del ser humano? Sientes la tentación de viajar al siglo XX para descubrir si hay algún científico que pueda responder. Pero debes seguir averiguando más cosas acerca de la evolución... dado que estás en el triásico y tu próxima meta debería ser el jurásico.

Sin embargo, en esos instantes el stenonychosaurio parece querer redondear su comida, como si le apeteciera algún postre... ¡y se dirige directamente hacia ti!



Escapas a 100 millones de años atrás, al jurásico.
Pasa a la página 63.



Te evades al siglo XX.
Pasa a la página 46.



EN esta ocasión te hallas preparado para nadar, así que aguantas la respiración, cierras los ojos, y empiezas a brucear.

Es una suerte que no haya seres humanos a tu alrededor, ya que de lo contrario pensarían que haces el payaso. Parece que algo no ha funcionado correctamente. Te encuentras en tierra firme, o casi firme: estás al borde de un pantano.

Del Banco de Datos recuerdas que, a finales del cretácico, el mar interior de América del Norte se vació en el océano. Esta basura cenagosa es todo cuanto queda de la enorme concentración de agua en la cual casi te ahogaste en el jurásico.

Al fijar la mirada distingues decenas de esqueletos de plesiosaurios y de lagartos marinos a los cuales han despojado de la mayor parte de la carne. Esto puede ser una señal de que ha comenzado la Gran Extinción. Desde uno de los esqueletos surge un sendero de huellas que se dirigen hacia una loma cercana. Aún queda un poco de carne en los huesos, pero una masa de pequeños animalitos intenta terminar con ella con sus largos y afilados dientes.

Esos seres parecidos a las ratas te resultan familiares, pues recuerdan a los cynognathus que

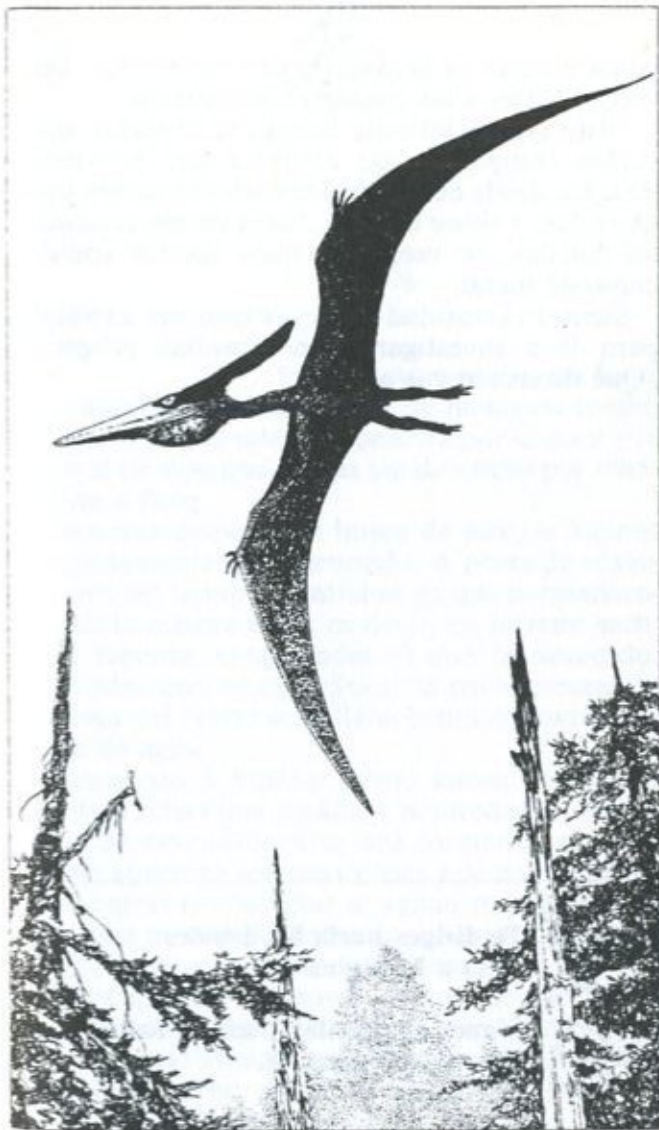
viste a comienzos del triásico, aunque su tamaño es mucho más reducido.

De pronto comprendes que has sido testigo de la evolución en pleno proceso: hasta ahora los dinosaurios han dominado la Tierra durante tantos millones de años, que han provocado la extinción de los grandes mamíferos. Los únicos que han logrado sobrevivir variando su forma son los más pequeños, que han podido escapar y ocultarse. Eso te sugiere una similitud con el hecho de que los seres humanos hemos sido capaces de llevar al borde de la desaparición a los grandes animales, como por ejemplo al búfalo, pero hemos sido incapaces de librarnos de los insectos o de los ratones...

Tus pensamientos se ven interrumpidos por un reptil que sobrevuela por encima de tu cabeza: se trata del extraño pteranodon. Mientras observas cómo planea por los aires aprecias que es mucho más grande que los pterosaurios que has visto en el jurásico. ¡La verdad es que tiene el tamaño de un pequeño aeroplano! Resulta difícil creer que le sea posible mantenerse en el aire. No sólo las alas son enormes, sino también su cabeza, que se alarga hacia atrás formando una punta, y que ella sola parece medir cerca de dos metros y medio de longitud.

Cuando el pteranodon se precipita hacia ti con intención de apresarte, puedes recordar como en un relámpago toda tu existencia.

Te escabulles entre unos arbustos cercanos al mismo tiempo que te cubres la cabeza con los brazos. Pero parece que has dejado de interesar al pteranodon, pues aterriza sobre el esqueleto y espanta a los peludos animalitos. «No tenéis que preocu-



paros porque ya llegará vuestro momento», querías decirles a los pequeños mamíferos.

Justo en ese instante llaman tu atención unos ruidos completamente distintos que provienen de lejos; desde detrás de unos árboles surgen unos chirridos, y sobre la loma, hacia donde conducen las huellas, se escuchan unos fuertes sonidos como de metal.

Sientes curiosidad por esos rumores extraños, pero ir a investigar puede resultar peligroso. ¿Qué dirección vas a tomar?



**Te diriges hacia los árboles.
Pasa a la página 68.**



**Sigues las huellas hacia la loma.
Pasa a la página 78.**



AL vez ésta no haya sido una buena idea, pues... ¡te hallas en medio del mar! El agua salada te penetra por la boca y la nariz al tiempo que luchas sin descanso por mantenerte a flote.

Mientras boqueas en busca de aire, te sientes completamente desconcertado. A pesar de viajar a través del tiempo, confiabas en que permanecerías en la misma zona; es decir, en terreno seco.

De repente, comprendes lo que ha sucedido. Recuerdas que en el jurásico, la parte central de América del Norte se hallaba completamente cubierta de agua.

Comienzas a bracear como hacen los perros mientras echas una ojeada a tu alrededor. Está a punto de desencadenarse una tormenta, pues en el cielo aparecen sombras grises y de color púrpura, mientras las cabrillas se agitan rodeándote. A unos diez metros de distancia, un enorme dragón marino emerge del agua con furia.

Sabes que los tiburones actúan de ese modo cuando notan que hay comida cerca pero, ¿actúan de igual manera los dragones marinos? No te interesa correr riesgos, así que a grandes brazadas te diriges hacia la orilla.

De repente percibes que algo surca los aires con violencia cerca de ti. Ahora sólo faltaría que alguna especie de pájaro prehistórico te levantara por los aires, piensas mientras nadas. Alzas la mirada y ves que no se trata en absoluto de ningún pájaro, sino de un horrible reptil alado: un pterosaurio. De la boca le salen unos afilados colmillos, y el largo hocico termina en punta. Observas cómo la bestia voladora se deja caer en picado sobre el agua y con las fauces atrapa un pez.

En ese mar del jurásico las cosas no parecen muy prometedoras. Pero la orilla está ahora a sólo unos cincuenta metros, de modo que sigues nadando hacia allí.

Justo cuando piensas que vas a conseguir alcanzar tierra firme, otra extraña criatura alza el cuello fuera del agua, y lo sigue elevando interminablemente... Su cuerpo debe de medir unos tres metros de longitud, pero la mitad corresponde al cuello. Forcejeas en el agua e intentas cambiar de rumbo, pues un plesiosaurio no es algo con lo cual te apetezca enredarte en estos instantes.

De todos modos, el animal no parece interesarse por ti. Se mueve por allí lentamente, al parecer en busca de algún pez. Una vez más te concentras en arribar a la playa.

De pronto oyes una terrible agitación en las aguas: es el inmenso lagarto marino que ha clavado sus dientes en la cola del plesiosaurio.

Abres enormemente los ojos para asistir a la escena del lagarto marino levantando a su presa fuera del agua y mostrando la longitud de su cuerpo, cuyo tamaño debe de ser casi el doble que el de su víctima: ¡probablemente mide siete



metros! El tamaño de sus fauces hace que un tiburón parezca tan inofensivo como los pececillos de colores.

Nadas hacia la orilla a mayor velocidad de la que te hubieras creído capaz y al llegar allí das un suspiro de alivio. Te encuentras sano y salvo, a unos tres metros de un flamenco rosa.

¿Un flamenco rosa? Te frotas los ojos, y llegas a la conclusión de que te encuentras frente a un pterosaurio exactamente igual a la reproducción que Deena te enseñó. Sientes cierto alivio al descubrir finalmente a una criatura que parece bastante inofensiva.

El animal alarga el puntiagudo hocico y, al abrir la boca, muestra en su interior una densa ristra de cerdas en lugar de dientes. Seguidamente introduce la boca en el agua y utiliza las cerdas para filtrar su comida: ¡las algas microscópicas que le proporcionan ese extraño color!

Te sorprendes ante los diferentes tipos de supervivencia que existen en el jurásico. Las criaturas parecen mucho más evolucionadas que en el triásico, y eres consciente de que seguirán su cambio durante millones de años.

A unos metros de distancia, detrás de una gran roca, percibes un leve movimiento: es un gigantesco cocodrilo de aspecto repugnante. Será mejor que dejes de especular acerca de las formas de vida del jurásico y pienses en tu propia seguridad. Ha llegado el momento de abandonar esa época.

Entonces te das cuenta de que aún no has conseguido ninguna pista relacionada con la Gran Extinción. Si continuas hacia el final del cretácico, quizá logres descifrar las causas de la

evolución. Pero ahora es posible que te halles tanto a inicios como a finales del jurásico, así que no estás muy seguro de a qué distancia debes dirigirte.

Si te encuentras al final del jurásico, necesitarás avanzar 70 millones de años para trasladarte a finales del cretácico.

Si estás a comienzos del jurásico, avanza 150 millones de años para trasladarte a finales del cretácico.



**Te diriges 150 millones de años hacia el futuro.
Pasa a la página 74.**



**Sólo adelantas 70 millones de años.
Pasa a la página 59.**



T

E cubres los oídos mientras los fuertes chillidos perforan el espacio, pero el hedor de los cadáveres corruptos en el pantano es incluso más insoportable, así que aceleras el paso y te diriges cautamente hacia los ruidos que provienen de detrás de los árboles.

Allí descubres una furibunda batalla entre dos dinosaurios de finales del cretácico: un deinonychus y un hypsilophodon. El primero da un salto y hiere a su víctima con las enormes y poderosas garras de las patas traseras, a la vez que acompaña de un chillido victorioso todos sus ataques.

El desventurado hypsilophodon no puede hacer otra cosa que intentar escapar. Sus garras no están afiladas en absoluto, y al abrir su boca descubres el motivo de que no intente morder a su atacante: en la parte delantera de la mandíbula no tiene ningún diente, y detrás sólo los planos que poseen los herbívoros.

Mientras continúa esa lucha desigual, observas sorprendido el aspecto del deinonychus. Parece como si tuviera el cuerpo cubierto de plumas, aunque no lo percibes claramente, pues se mueve con excesiva rapidez. Y sus garras, así como los saltos que da al moverse, parecen más las de un



pájaro que las de un dinosaurio. Te intriga descubrir si es posible que algunas de las especies de dinosaurios hayan evolucionado hasta convertirse en aves voladoras.

Entonces reclaman tu atención los ruidos metálicos procedentes de la colina que hay detrás de ti: ¡suenan como si un par de dinosaurios trabajaran en una cadena de presidiarios a finales del cretácico!



Investiga el origen de esos ruidos.
Pasa a la página 78.



R

ESBALAS por una pendiente arenosa y aterrizas sobre un montón de tierra menuda y blanda que hay abajo. Sientes que el sol abrasa tus mejillas y sopla una leve brisa, pero eso no hace que te sientas más cómodo.

No lejos de allí, una furgoneta de reparto abandonada yace medio cubierta por la arena: un signo del siglo XX. Aquí no hay gran cosa que puedas aprender acerca de los dinosaurios, así que planeas viajar de nuevo a través del tiempo.

Justo entonces, una sombra gigantesca se proyecta en el suelo frente a ti. Probablemente sea un águila, o un halcón, piensas.

A continuación percibes que la figura tiene forma de cabeza..., y que la parte posterior se alarga en forma de tubo: ¡es un dinosaurio!

Te frotas los ojos al tiempo que levantas la mirada y descubres a un pteranodon. No hay error posible: bate sus alas armoniosamente y mueve la extraña cabeza avistando su entorno. Nadie podrá creer una cosa semejante... Desearías tener una cámara fotográfica en estos momentos.

Pronto descubres que el pteranodon va perdiendo fuerzas. Sus alas quedan paralizadas en pleno vuelo, y da la impresión de que ya no pudieran sostenerle.

Te asombras al ver que la enorme bestia voladora se precipita bruscamente hacia abajo cayendo al suelo con un repugnante crujido... ¡al tiempo que se hace pedazos!

—¡Ha caído! ¡Ha caído! —oyes que gritan unas voces detrás de una duna.

Dos hombres aparecen corriendo y se acercan al pteranodon para examinar sus alas.

—Esta reparación será muy cara —comenta uno de ellos—, y ya hemos gastado mucho dinero en este modelo.

—Quizá sea imposible —dice el otro, con un suspiro—. Puede que el pteranodon nunca llegase a volar...

Sabes que se equivoca, pero ahora no puedes hablarle de esa reproducción. Tienes que completar tu misión, pero la cuestión es saber a qué distancia debes retroceder, pues todas las otras veces has pasado por encima de la Gran Extinción.

Los dos hombres están a punto de emprender el camino hacia donde tú te hallas, así que rápidamente, antes de que puedan descubrirete, saltas a través del tiempo.



**Retrocedes 65 millones y medio de años hacia el pasado.
Pasa a la página 81.**



**Vuelves 64 millones y medio de años hacia atrás.
Pasa a la página 107.**





T

E encuentras en una región boscosa y exuberante. No se avista agua por los alrededores, por lo tanto estás a salvo de cocodrilos y de lagartos marinos. Por todos lados hay flores silvestres, lo cual significa que debes de estar como mínimo en el cretácico. Quizá te encuentres cerca de la época de la Gran Extinción.

Unos crujidos te avisan de que algo se acerca, probablemente algo a lo que preferirías no enfrentarte. Buscas un árbol al cual trepar...

De repente, un reptil de unos dos metros de longitud se abre paso entre la maleza persiguiéndote. Pero a estas alturas ya eres un experto en escapar de los dinosaurios, así que te escabulles trepando por el nudoso árbol.

El animal avanza torpemente hacia donde estás y se detiene al pie del tronco. Levanta la cabeza hacia ti y te enseña los dientes.

Pero en él hay algo que no encaja. Las patas nacen extendidas desde la cadera, como ocurría con los primitivos dinosaurios del triásico. ¡Pero en el cretácico ya tienen que haberse extinguido todos! Quizá los expertos siempre han estado equivocados, o quizás es que al igual que Rip van Winkle has descubierto alguna especie que ha permanecido en letargo durante millones de años.



Pero otros acontecimientos extraños llaman tu atención: oyes un ruido que se parece mucho al relincho de un caballo, y, poco después, unas voces... ¡Voces humanas! ¿Cómo puede haber seres humanos en el cretácico?, te preguntas, lleno de confusión. ¿Es posible que hayas avanzado demasiado en el tiempo?

—Y dígame usted —dice una voz con tono muy educado—, ¿hay mucha fauna salvaje en la isla de Komodo?

Distingues la presencia de un hombre blanco cargado con una cámara. A su lado va un hombre negro, que parece guiarlo por la selva. El nativo detiene el seguimiento del rastro nada más ver al reptil.

—¡Ora! —grita.

Su acompañante, que mira en otra dirección, no parece percibir el peligro.

—¿Ora? —pregunta, y saca del bolsillo un pequeño libro, del cual empieza a pasar páginas mientras murmura: Ora..., ora... ¡Ah, aquí está! Ora es otra palabra que sirve para denominar al terrible dragón de Komodo...

Entonces el turista levanta la mirada, descubre al dragón, y su cara palidece por la sorpresa. El guía huye por donde han venido, y el hombre blanco le sigue a toda velocidad.

Pero la bestia parece agotada después de haberle perseguido. Te recuerda al dimetrodon, que permanecía inmóvil entre dos ataques, a fin de recuperar fuerzas. Los dinosaurios nunca actuaban así. Ahora ya sabes que has viajado más allá del cretácico, y que ese dragón de Komodo no es un dinosaurio. Debe de tratarse de alguna especie de reptil gigante que de algún modo ha logrado

sobrevivir durante siglos en esta isla. Quizás aquí no existe ninguna bestia carnívora lo suficientemente grande para competir con él...

Al bajar la mirada descubres que se ha quedado dormido justo al pie de tu árbol. Aunque ahora parece inofensivo, decides que no es muy buena idea pensar en bajar.

Probablemente lo mejor sería que regresaras a la era mesozoica. Acabas de salir del mar en el jurásico, y si regresas al mismo sitio en el cretácico podrás ver cómo los dinosaurios evolucionan junto con la Tierra... Tal vez eso te proporcione alguna pista para llegar a la Gran Extinción.



**La próxima parada se encuentra
120 millones
de años en el pasado.
Pasa a la página 59.**

T

E arrastras hasta la cumbre de la loma y giras la vista hacia el otro lado. Entonces te quedas boquiabierto ante la presencia del más terrible de todos los dinosaurios: el tyrannosaurio rex, el cual brama de rabia mientras se lanza contra una bestia cubierta de púas y que anda a cuatro patas, a la que reconoces como un nodosaurio.

¡Cachang! Las potentes fauces del tyrannosaurio se cierran sobre su enemigo, pero la piel del nodosaurio es tan fuerte como un caparazón de metal, y tres de los gigantescos y puntiagudos dientes del tyrannosaurio saltan por los aires en dirección hacia donde te encuentras.

Uno de ellos cae al pie de la loma en la que te agazapas, y piensas en la inmejorable ocasión que se te presenta. Puede que ahora no sea realmente la época de la Gran Extinción, pero quizá puedas llevarte ese diente contigo a casa para completar tu misión.

Lentamente empiezas a descender la colina. Los dinosaurios se hallan demasiado ocupados con su pelea para advertir tu intromisión..., o al menos eso esperas.

La pieza se encuentra en la línea de visión del tyrannosaurio, así que aguardas a que la bestia te dé la espalda para acercarte rápidamente de puntillas a tu objetivo.

Con un brusco movimiento el tyrannosaurio se gira y te sientes paralizado al ver que enseña sus terribles mandíbulas y empieza a correr hacia ti.



Lo que seguidamente adviertes es que te encaramas a un enorme pino, procurándote la salvación de sus garras, mientras el animal te observa hambriento desde abajo.

—¡Escoge a uno de tu talla, tirano! —le gritas.

Te sientes bastante seguro y confiado... hasta que el nodosaurio ataca.

Al oír las pisadas, el tyrannosaurio da media vuelta y se aparta de la trayectoria del enemigo, quien clava sus pitones en el tronco del árbol en el que te hallas.

Lanzas un grito al ser expulsado de tu segura rama debido al choque, pero aterrizas sobre algo que amortigua tu caída: ¡la espalda del tyrannosaurio!

A fin de salvar la vida, te sujetas desesperadamente... por debajo de su cuello. Su piel es de color verde y de tacto correoso. A esa distancia puedes comprobar que sus fauces podrían engullirte fácilmente mientras ves que de nuevo se abren, preparándose para el nuevo ataque al nodosaurio.

Éste es el instante preciso para reanudar tus pesquisas en busca de la Gran Extinción... ¡antes de que seas tú el que desaparezca!



Avanzas 50 millones de años.
Pasa a la pagina 102.



TE ves arrastrado por la corriente de un caudaloso río, y frente a ti se oye un rugido ensordecedor: ¡te aproximas a unas cataratas! Rápidamente nadas contra la corriente, hacia una enorme roca verde que sobresale de la orilla. Si no la alcanzas, estarás perdido.

Con cada embate del agua te ves impulsado hacia tu final aguas abajo. Va a ser cuestión de centímetros...

Alargas un brazo y, con un fuerte impulso del cuerpo, consigues sujetarte a la roca. Respirando con dificultad, logras aferrarte sobre tierra firme.

Te dejas caer encima de la piedra para descansar, pero inmediatamente notas algo peculiar: o estás delirando debido a la tensión provocada por tu aventura, o el montículo se mueve... Te vuelves para examinar la roca, ¡y una larga cabeza se levanta para examinarte a ti! ¡La «roca» que te ha salvado la vida es en realidad una tortuga prehistórica!

Aunque debes estarle agradecido, saltas al suelo y te alejas. La tortuga es tan grande como muchos de los dinosaurios que has podido ver, y la ristra de afilados dientes que posee en la boca parece peligrosa.

Te das cuenta de que aún respiras con dificultad, a pesar de que en estos instantes ya deberías de haberte recuperado. Tu cuerpo empieza a romper en sudor, y te sientes mareado. ¿De veras hace tanto bochorno? Levantas la mirada. Arriba el sol brilla, pero nunca te había provocado esta sensación.

De repente, notas un golpe en plena espalda que te lanza por los aires y hace que te estrelles contra el suelo. Detrás de ti aparece un dinosaurio de pico de pato que oscila sobre las patas traseras, como si estuviese borracho. Parece que tiene un día tan pésimo como el tuyo.

La única forma de dar una explicación a la vegetación y el clima que te rodea es que debes de haber aterrizado cerca del ecuador. Pero tu intención no es permanecer en este sitio. Quizás el tiempo sea más agradable si te diriges al norte.

Antes de consultar la brújula, echas un vistazo a la zona. El cielo se ve nublado, pero libre de hollín. Otra pareja de dinosaurios vagan asustados por allí, y un triceratops tiene dificultades para levantarse. Pero todos siguen con vida: debe de tratarse de un período anterior a la Gran Extinción.

Sin embargo, no debe de faltar mucho a juzgar por las especies que observas...

Lo mejor que puedes hacer es avanzar unos cuantos años en el tiempo. Consultas la brújula para asegurarte de que te diriges hacia el norte.

Pero hay algo que no funciona, pues la aguja parece fuera de control. Tiene que ser la época de la «inversión magnética» de la que oíste hablar durante la convención de los paleontólogos. Por algún motivo, tanto el polo Norte como el polo

Sur lanzan descargas magnéticas, y, mientras esto sucede, la Tierra se halla indefensa frente a los nocivos rayos ultravioleta del Sol.

Si no te largas ahora mismo, vas a morir frito por el calor. Ya te sientes como si estuvieras a punto de desmayarte, así que, sin siquiera detenerte a pensarlo, saltas a través del tiempo.



**Avanzas hacia el futuro.
Pasa a la página 91.**



**Retrocedes hacia el pasado.
Pasa a la página 88.**

CORRES en pos del ichthyornis que vuela sobre la cordillera de lomas bajas, pero no puedes ir a su velocidad pues debes sortear todos los cadáveres de dinosaurio que se interponen en tu camino. Cuando finalmente llegas a la cima, descubres que la empinada ladera cae sobre un largo desfiladero. Éste serpentea hasta desaparecer a lo lejos, lo cual te hace suponer que en otro tiempo debió de ser un río profundo y caudaloso. El aire parece menos enrarecido en el fondo, aunque se ven restos fósiles esparcidos por todos lados.

Sin embargo, allí abajo hay algunos que siguen con vida. Empiezas a descender hacia el desfiladero para ver si logras encontrar al ichthyornis, pero el camino no va a ser fácil: el muro de la cordillera baja casi verticalmente hasta el acantilado. La única forma de conseguirlo es agarrándote de las raíces que salen del suelo.

Desciendes lentamente, pues el terreno presenta numerosos agujeros. Metes la punta de las botas en cada uno de ellos, al tiempo que te agarras a las raíces con ambas manos.

¡Giiiiic! Te hallas a medio camino para llegar al fondo cuando oyes un fuerte chillido. Miras hacia abajo, y descubres a un mamífero del tamaño de una enorme rata que ha salido de su madriguera y ha clavado sus dientes en una de tus botas. Gritas aterrizado al tiempo que intentas desprenderte del animal.

De repente, tu asidero se afloja y las manos resbalan alrededor de la raíz. Bajas a saltos el

resto de la loma hasta que aterrizas en el comienzo del barranco.

Te sientes magullado y dolorido, y en una de tus botas aparecen dos grandes orificios. Pero al menos has conseguido desembarazarte de la pequeña criatura. Resulta extraño que mientras los dinosaurios se están muriendo, ese pequeño mamífero tenga energía de sobras. Quizá los mamíferos sobrevivieron al desastre porque se ocultaban en madrigueras. Los seres gigantescos pueden haber dominado la Tierra durante unos 160 millones de años aproximadamente, pero serán esos pequeños animales los que sobrevivirán a la siguiente era.

Entonces comprendes que el haber aprendido cosas acerca de la evolución te ha sido de gran utilidad para entender la Gran Extinción.

Cuando recorres con la mirada tu alrededor, descubres que cientos de esas criaturas peludas se alimentan de los cuerpos de los dinosaurios muertos. Se trata de un banquete perfectamente organizado: triceratops para almorzar, tyrannosaurio para cenar...

En medio de toda esa confusión aparece un triceratops vivo, sentado junto a un nido lleno de huevos. La mayoría aparecen abiertos, pero las crías recién nacidas han muerto instantáneamente. Sin embargo, algunos cascarones siguen enteros..., y el ichthyornis está al acecho allí cerca, observándolos hambriento. Resulta obvio que el chocolate no era suficiente.

La madre triceratops apenas puede mantenerse en pie, pero se enfrenta desafiante al atacante emplumado, el cual batiendo las alas salta hacia el nido, pero todo lo que el triceratops tiene que



hacer es bajar la cabeza y el pájaro retrocede para esquivar el cuerno afilado que la madre ostenta sobre la nariz.

Sientes lástima por esos últimos ejemplares, y te preguntas acerca de lo que ha provocado toda esta destrucción. Hace mucho frío, probablemente a causa de que el mar interior ya no está allí para mantener caliente la tierra. Pero, ¿hace tanto frío realmente como para que mate a los dinosaurios?

Debe de ser que, cuando el mar se secó, todas las plantas murieron. Eso provocó que los herbívoros murieran de hambre y, al no tenerlos a ellos para comer, ¡los carnívoros también murieron!

Por otra parte, también está el cielo oscurecido, lo cual pudo tener su importancia en la extinción. Quizá lo que empaña el aire sea ceniza de algún desastre volcánico, o se deba al choque con un cometa.

La cabeza te da vueltas, pues descubres que este viaje te proporciona más preguntas que respuestas.

Si retrocedes unos cuantos años, quizá puedas averiguar realmente lo que sucedió.



Pasa a la página 81.



T

E sientes como atontado y te resulta difícil respirar; parece como si no hubiera suficiente oxígeno. Empiezas a sudar y absorbes el aire con fuerza al tiempo que apoyas la espalda contra una enorme roca para sostenerte.

Inspeccionas la zona detenidamente en busca de señales de vida: te encuentras a las orillas de un lago, y, detrás de ti, una gran llanura sin plantas se extiende hasta los confines del horizonte. No hay dinosaurios, ni mamíferos, ni flores... Sólo unos cuantos arbustos y árboles desgredados puntean el horizonte. Quizá sea que has sobrepasado la Gran Extinción, así que lo mejor será retroceder en el tiempo.

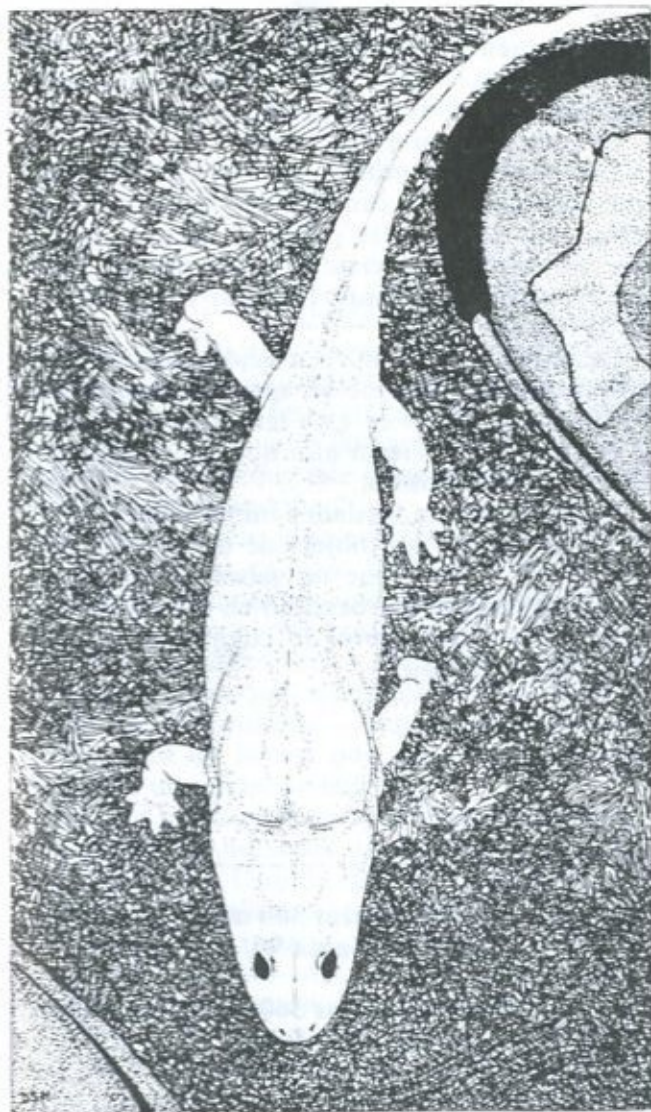
Cuando estás a punto de emprender el viaje, percibes un leve movimiento entre tus pies. Bajas la mirada y descubres a un anfibio de aspecto desgarrado que anda vacilante entre tus piernas.

La presencia de esta criatura viscosa te pillan de sorpresa que lanzas un grito, pero el anfibio no demuestra ninguna reacción.

Sientes cierto alivio al verle tan inofensivo.

—Eres muy valiente, ¿eh? —le dices, y de nuevo sigue sin responder al sonido de tu voz.

Esta singularidad te intriga, así que das una fuerte palmada con ambas manos, pero sigue sin advertir el estímulo. De hecho, cuando examinas



detenidamente su cabeza no logras ver dónde tiene las orejas. ¿Es alguna especie de mutante que logró sobrevivir a la Gran Extinción?

Entonces comprendes que has retrocedido hasta el período carbonífero, millones de años antes que aparecieran los dinosaurios, y que estás contemplando una de las primeras formas de vida que habitaron la Tierra: el ichthyostega, un ser tan primitivo que aún no ha desarrollado el sentido del oído.

De repente notas una sensación como si fueras a desmayarte. Debe de ser que tienes problemas para respirar, pues en este temprano período de la historia de la Tierra aún no hay oxígeno suficiente en la atmósfera.

Es mejor que te traslades inmediatamente a la Gran Extinción, con objeto de completar tu misión. Pero, puesto que no sabes exactamente a qué distancia has retrocedido en el tiempo, tampoco estás muy seguro de cuántos años debes avanzar en tu viaje...



**Intenta avanzar 300 millones de años.
Pasa a la página 96.**



**Intenta avanzar 360 millones de años.
Pasa a la página 71.**



A blancura que aparece a tu alrededor te ciega, al tiempo que los dientes empiezan a castañetear. Nunca te habías expuesto a un frío tan intenso en tu vida. Parece como si el viento lanzara cuchillos contra tu piel. ¿Es posible que este lugar sea realmente el que acabas de abandonar?

Te esfuerzas por mantener los ojos abiertos mientras la nieve cae con furia a tu alrededor. Justo en el instante en que piensas que vas a desmayarte, oyes varios gritos fuertes y agudos.

Observas en dirección a los gritos y percibes una silueta oscura que se destaca sobre el hielo. A medida que se aproxima... ¡descubres que se trata de una ristra de perros que tiran de un trineo! Los perros no paran de ladrar.

—¡Es... un ser humano! —oyes que grita alguien.

Un grupo de hombres avanza con dificultad detrás del trineo. Uno de ellos se te aproxima. Su espesa barba se halla tan endurecida y helada que parece posible arrancársela de cuajo.

—Por favor, señor —murmuras tiritando—, ¿tiene usted algo con que me pueda abrigar?

El hombre hace una señal a uno de los otros, quien saca del cargamento un enorme abrigo de pieles.

—¡Ponte esto! —grita el hombre por encima del fuerte viento ensordecedor, mientras te entrega el abrigo—. Ya hemos perdido a varios de los nuestros, así que tenemos ropa de sobra... —Y, abriendo los ojos con sorpresa, te pregunta—: ¿Cómo demonios has llegado hasta aquí?

No te sientes con ánimos para pensar en una buena excusa.

—Yo... Me he perdido buscando el refugio para esquiadores.

—¿El refugio para esquiadores? —brama el hombre.

Se vuelve hacia sus compañeros y, haciendo girar el índice junto a la sien, les indica que estás loco. Luego coloca ambas manos sobre tus hombros y te dice:

—Mi nombre es Roald Amundsen, y soy de Noruega. ¿De qué país eres tú? Me gustaría saber quién es el que ha descubierto el polo Sur antes que yo.

Debes de encontrarte a comienzos del siglo XX, en medio de la Antártida. ¡Y acabas de adelantarte a la primera persona que llegó al polo Sur!

En ese instante recuerdas que los casquetes polares no se cubrieron de hielo hasta después de la era mesozoica...

Hace unos instantes que has llegado de un lugar donde el calor era terrible, pero lo cierto es que ahora preferirías estar allí de nuevo.

Una fuerte ventisca sopla a tus espaldas. Si logras entretener lo suficiente a Amundsen, quizá puedas escabullirte en medio de la tormenta.

—Yo no he descubierto nada —explicas—. Mire, señor Amundsen, lo que ocurre es que...

Estás de suerte, pues en este instante la tormenta os envuelve, y el viento obliga a tus salvadores a cerrar los ojos y a volverse de espaldas a ti para esquivar la nieve, de modo que puedes saltar a través del tiempo sin que te vean.

¿Averiguarás lo que les ha ocurrido a las criaturas del océano, o en cambio investigarás a los dinosaurios que vivían en tierra firme?



**Retrocedes al océano Pacífico
hace 65 millones de años.
Pasa a la página 98.**



**Saltas hacia el interior de América
hace 65 millones de años.
Pasa a la página 107.**



L

AS cenizas que flotan en el aire son tan densas que los ojos se te irritan. Debes de haber llegado en algún momento de la Gran Extinción.

Quizás ahora puedas finalizar tu misión, pues, si te hallas en el período final, puede que encuentres al último de los dinosaurios que habitó sobre la Tierra.

Observas que te hallas sobre otra fría cumbre de una colina, desde la cual se distingue el océano. Con la mirada recorres la línea de la costa, que desaparece a lo lejos, a tu izquierda. A tu derecha, las montañas se interrumpen, y lo mismo ocurre con la tierra. Por su contorno, comprendes que debe de ser el extremo noroccidental de América del Norte... ¡Te hallas frente a Alaska durante la prehistoria!

Examinas el valle que hay a tus pies, cubierto de plantas y árboles, y habitado por dinosaurios que están vivos y coleando. Esto significa que debe de ser bastante pronto para la Gran Extinción. Te sientes algo decepcionado, y te preparas para avanzar a través del tiempo.

Pero hay algo que llama tu atención. La costa de Alaska es distinta a como la has visto reprodu-

cida en los mapas: en lugar de internarse en el Pacífico mediante un grupo de pequeñas islas, ahora se halla unida a la Unión Soviética. ¡Entre los dos continentes hay una larga franja de tierra que cruza todo el océano Pacífico!

Miles de dinosaurios están cruzando ese largo puente en ambas direcciones: triceratops, picos de pato, tyrannosaurios, y otras especies. Inmediatamente piensas en la peste bovina.

¡En efecto! Ahora sabes lo que causó la muerte de los triceratops de manchas amarillas. Al igual que ocurrió con la peste, una nueva enfermedad se extendió por América del Norte procedente de otros continentes.

Y hay ahí abajo tantos ejemplares que cruzan, que no es de extrañar que se contagiaran y fueran portadores de todo tipo de males.

Ahora ya estás preparado para contemplar el auténtico final de la Gran Extinción. Si avanzas un par de millones de años, probablemente darás en la diana.



**Avanzas dos millones de años,
al valle que se distingue ahí abajo.
Pasa a la página 109.**



EL cielo es luminoso,

y sin embargo percibes unos ruidos parecidos al tronar de una tormenta. Recorres con la mirada el campo vacío y cubierto de hierba... y te sientes paralizado por el miedo.

El estruendo no está provocado en absoluto por los truenos, ¡sino que una manda de bestias lanudas se encamina directamente hacia ti! Son las criaturas más horribles que hayas visto en tu vida, con una cabeza llena de bultos, que parece una lata de cerveza abollada. Tienen una nariz puntiaguda y arrugada, debajo de la cual sobresalen dos largos colmillos.

Te apartas de su camino justo a tiempo y observas cómo se alejan con gran alboroto. Estas criaturas no pueden ser más que mamíferos, te dices. Y como corren con las patas rectas, no pertenecen al pérmico. Por otro lado, su tamaño es parecido al de los búfalos, no son como los pequeños mamíferos que has visto en el cretácico. Eso puede deberse únicamente a que ya no hay dinosaurios que los echen a patadas. Definitivamente, en esta ocasión no hay duda de que has ido más allá de la Gran Extinción.

Pero también has sido testigo del inicio de la evolución en la era de los mamíferos. Dentro de unos pocos millones de años... ¡habrás nacido ya!

Te preparas para viajar a través del tiempo cuando otras dos bestias más peludas, y provistas de colmillos, hacen su aparición en el prado. Las identificas como *loxolophodons* y, al bajar la cabeza para embestirse mutuamente, parece como si pretendieran discutir algún tipo de cuestión personal.

Aquí no hay nada que pueda ayudarte en tu misión, así que saltas a través del tiempo en busca de la Gran Extinción.



**Retrocedes 70 millones de años.
Pasa a la página 98.**



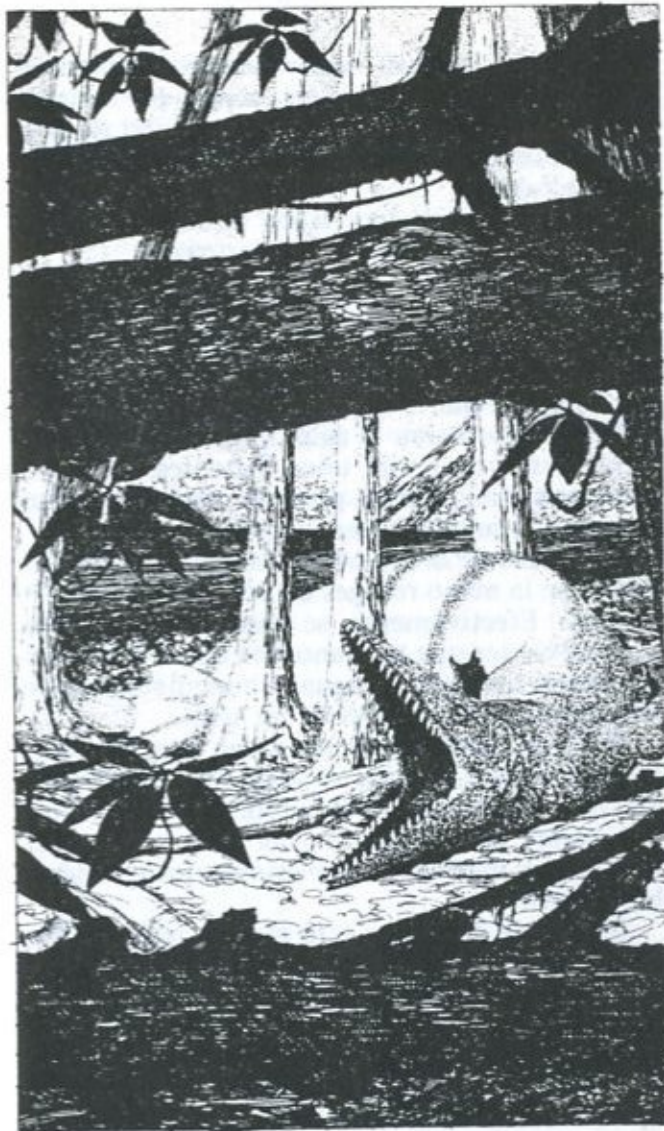
E

STÁS sentado sobre un terraplén de arena húmeda, y un cangrejo bayoneta se aleja de ti arrastrado por una corriente de agua. Le sigues con la mirada, y frente a ti descubres la ola de la marea... ¡que debe de tener unos diez metros de altura!

Das un salto y te alejas tan rápido como puedes. La ola choca con gran estruendo sobre la orilla justo detrás de ti.

A una distancia segura de la playa, te detienes para recuperar el aliento. A tu alrededor hay montones de árboles caídos, como si la marea hubiese pasado por un bosque. Entre los troncos derribados aparecen lagartos marinos y plesiosaurios semejantes a los que encontraste en el mar del jurásico, los cuales parecen bastante asustados ante la embestida de las aguas. De hecho, parece como si la mayoría estuviesen a punto de morir, y querías poder hacer algo por ellos.

Como si fuera capaz de leer tus pensamientos, un lagarto marino, que debe de tener la longitud de cinco hombres, abre su enorme boca hacia ti. Bueno, no era eso exactamente lo que estabas pensando...



Te vuelves hacia el oscuro y embravecido océano, que parece como si fuera a inundar la tierra. En estos tiempos, al final del cretácico, toda el agua procedente del mar interior ya se ha vertido en el océano.

Sin embargo, si hay tanto líquido, ¿por qué agonizan todas las criaturas marinas?

Quizás haya algo en el mar que pueda darte una pista. Te despojas de los zapatos y, con precaución, te acercas a la orilla. Algunas olas rompen en ella, pero ninguna es tan grande como la que estuvo a punto de tragarte.

Tan pronto como el agua se mantiene lo suficientemente tranquila unos instantes, bajas corriendo hacia el borde, pues no dispones de mucho tiempo antes de que vuelva el peligro.

El aspecto de la superficie parece bastante normal. Con la mano recoges un poco de líquido y lo pruebas. Efectivamente, se trata de agua salada, pero adviertes que tu mano está como entumecida. Metes un pie en el agua, e inmediatamente el frío hace que retrocedas de un salto.

¡Por eso están muriendo todas esas criaturas! Cuando el mar interior se vació dentro del océano, éste se hizo más profundo, lo cual provocó que bajara la temperatura del agua. ¡Los peces, los lagartos marinos y los plesiosaurios se helaron hasta morir!

Acabas de descubrir otro motivo para la Gran Extinción. ¡No es de extrañar que resulte difícil para los científicos imaginar todo esto!

El agua barre el suelo alrededor de los cadáveres hasta dejarlo limpio, y tú necesitas encontrar un diente para llevarte a casa... Es más probable que lo halles en el interior del país, por tanto,

decides que lo mejor será dirigirte a la región central de América del Norte... Pero no quieres pasar de largo ante este período de la Gran Extinción, así que sólo avanzas un par de miles de años.



Pasa a la página 107.



TE encuentras en la ladera de una cordillera de altas montañas, y diriges la mirada hacia abajo, pero no se distingue gran cosa. El aire es opaco y contaminado. Un viento helado azota tu cara, y sientes un escalofrío; es el sitio más frío que has encontrado durante el viaje.

Te diriges montaña abajo y, a medida que te aproximas al pie, contemplas un espectáculo horroroso. Por todas partes yacen cadáveres de tyrannosaurios, triceratops y picos de pato. Parece como si a algunos les hubiesen atacado, pero la mayoría no muestran en absoluto ningún tipo de herida: se les ve muy flacos y arrugados, como si hubieran muerto de hambre.

Llegas a la conclusión de que eso no es extraño, pues a tu alrededor no hay plantas, y sólo algún que otro árbol estéril. La temperatura es muy fría incluso aquí abajo, y la tierra se ve seca y cuarteada. Es imposible que los dinosaurios logren sobrevivir en estas condiciones. Parece como si hubieras llegado después de la Gran Extinción.

Pero te equivocas, pues ahora puedes comprobar que todavía existen señales de vida. Un pico de pato, todo piel y huesos, se te acerca tambaleante sobre sus patas poco firmes. Te mira con los ojos inyectados en sangre y lanza un soplido débil y patético con su trompa. Sientes lástima

por él, y metes la mano en el bolsillo en busca de algo comestible. Lo único que encuentras es una barrita de chocolate, húmeda debido al baño en el mar del jurásico.

Se la ofreces al pico de pato, el cual se inclina para oler. Con un gesto de desagrado, da media vuelta.

—¡No son tiempos para hacerse el caprichoso! ¡Tómala! —le gritas.

Pero el dinosaurio se acerca a examinar un arbusto ya seco. ¡Claro! Entonces te acuerdas de que los picos de pato sólo comen hierba, y que no están habituados al dulce.

Pero en ese momento oyes un fuerte graznido sobre tu cabeza, y un par de garras te arrebatan de la mano el chocolate. Te apartas de un salto mientras un pájaro enorme vuela con la barrita hacia una de las lomas bajas de la cordillera.

Mientras le observas, te preguntas si se trata realmente de un pájaro. Pero carece de pico, y cuando abre la boca para graznar, muestra una hilera de dientes. Su aspecto se parece más al de un dinosaurio volador, así que debe de ser un ichthyornis de finales del cretácico.

Te intriga saber adónde se dirige.



**Le sigues hasta las lomas.
Pasa a la página 84.**



L

O primero que descubres son los voraces buitres que vuelan formando círculos sobre ti. Agitas la mano hacia ellos para asegurarte de que no te tomen por un cadáver. Luego te levantas, te quitas el polvo de las ropas, y examinas el claro en que te hallas y la selva que te rodea.

De nuevo, el suelo se halla literalmente cubierto de animales muertos. ¡Pero en esta ocasión se trata de antílopes! Debes de haber saltado hacia el futuro.

En uno de los extremos del claro hay un carro-mato del tamaño de un camión de reparto, al frente del cual permanecen enganchados unos caballos. Cerca del carro-mato hay un hombre con sombrero de malla de algodón que está escribiendo algo en una hoja de papel. Parece como si contara a los antílopes a medida que otras personas los cargan en el vehículo.

Intentas ocultarte detrás de un árbol, pero el hombre te descubre.

—¡Eh, tú! —te llama con acento inglés—. ¡Sal de tu escondite!

—¿Qué sucede, jefe? —le pregunta uno de sus peones.

—No lo sé con certeza —responde el capataz—. Debe de ser alguien de la nueva familia de misioneros... —Luego vuelve a llamarte—: ¡Sal de ahí, pequeño bribón!

Bien, parece como si supiera quién eres... De modo que sales de detrás del árbol.

—Temes que tu padre te riña, ¿eh? —te pregunta el capataz, con una sonrisa, y luego regresa a su trabajo—. Debemos llevarnos de aquí estas pobres bestias a fin de que los buitres se vayan del poblado. ¿Necesitas ayuda?

—No muchas gracias —contestas, observando a los trabajadores que cargan los cadáveres de los animales en el carro-mato—. ¿Qué les ha ocurrido, señor...?

—Peste —responde el capataz.

—Perdone, pero..., ¿qué les ha ocurrido a los animales, señor Peste?

El hombre echa hacia atrás la cabeza y suelta una carcajada.

—¡Oh, no! ¡La peste bovina es la causa por la que han muerto los antílopes! ¿No has oído hablar nunca de ella?

Le miras desconcertado.

—Yo creía que todo el mundo en África conocía la existencia de la peste bovina —prosigue el jefe, meneando la cabeza con gesto de incredulidad—. Es la peor plaga que ha asolado la fauna de esta región. Hasta el momento, probablemente ha muerto más de un millón de animales, entre antílopes y reses.

—¿Y cómo empezó? —preguntas.

El hombre intenta recordar.

—Hará unos veinte años, entre 1880 y 1890, lord Kitchener, de Inglaterra, necesitaba arrastrar

sus cañones a lo largo del Nilo con objeto de ganar una batalla. Para hacerlo, trajo bueyes de la India.

-¡Los cuales habían contraído la peste bovina!

-Así es. Hasta entonces, esta enfermedad no se conocía en África, y se extendió rápidamente. -El capataz lanza un suspiro-. Lord Kitchener no sabía que los animales deben permanecer siempre en su hábitat, pues sus enfermedades se propagan a veces de manera especialmente rápida en un nuevo entorno.

Empiezas a pensar en los triceratops. Quizá durante el período final del cretácico ocurrió algo parecido a la peste bovina.

Tu informador se disculpa y regresa al carro-mato. Te apartas hacia el bosque, y luego saltas a través del tiempo.



**Regresas a la Gran Extinción.
Pasa a la página 94.**



RECONOCES este lugar: el cielo está oscuro y cubierto de hollín, y tú te encuentras en medio de un pantano que se ha secado. Por los alrededores aún hay algunos árboles y plantas, pero escasean. Parece como si detrás de ti hubiera una orquesta de instrumentos de viento, y crees saber de qué se trata.

Bastante convencido, te vuelves y descubres a un gran número de dinosaurios de pico de pato que hacen sonar sus trompas. Algunos soplan a través de unos tubos que tienen sobre la cabeza, mientras que otros tienen una enorme cresta que parece un sombrero. Otros, en cambio, sólo tienen un agujero sobre los ojos, rodeado por una enorme protuberancia.

Alguno debe de haberles ordenado afinar sus instrumentos, así que te ves obligado a taparte los oídos.

Tal como esperabas, por todas partes aparecen desparramados cadáveres de dinosaurios; pero no son los que tú pensabas encontrar. Parece que la mayoría de los carnívoros se están muriendo, mientras que los herbívoros con pico de pato aún siguen con vida.

Hasta este momento creías que los herbívoros eran los que habían muerto primero, después de que el hollín tapara la luz del sol y provocara la desaparición de las plantas. ¿Qué fue entonces lo

que provocó que los carnívoros muriesen en primer lugar? Al fin y al cabo, a tu alrededor hay suficientes dinosaurios herbívoros para que pudieran alimentarse de ellos.

Te acercas a uno de los cadáveres y adviertes que su piel está hinchada y cubierta de manchas amarillas, como si se tratara de algún tipo de enfermedad. Observas que los otros cuerpos también están cubiertos de manchas amarillas.

Una vez más, parece que has hallado motivos para la Gran Extinción. En esta parte de la Tierra se está propagando una peste que parece afectar únicamente a una especie de dinosaurios. Quizá por los alrededores existan también otras enfermedades.

Te apartas del animal muerto, y entonces oyes un gran estruendo detrás de ti. Al volverte descubres a otro triceratops, también cubierto de manchas, aunque éste está vivo... ¡y te ataca igual que un toro enfurecido!

No hay tiempo para pensar, así que saltas a ciegas a través del tiempo.



Pasa a la página 104.

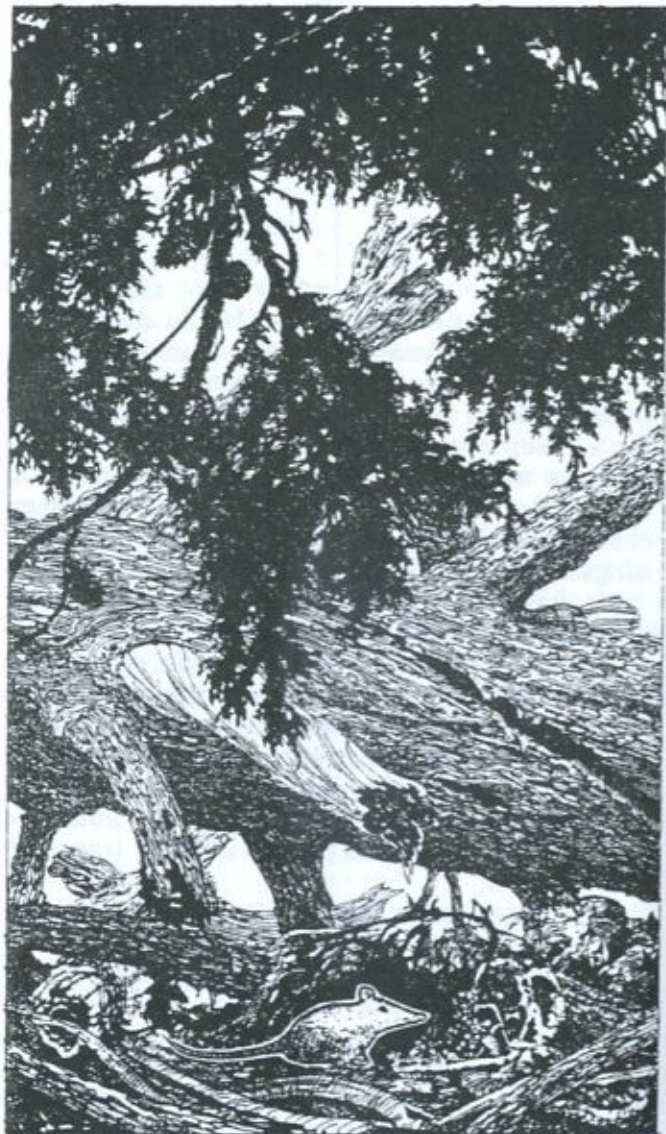


Lo has conseguido! No hay duda de que éste es el final de la Gran Extinción. El cielo aparece prácticamente negro a causa de las cenizas, y el aire es tan frío que casi puedes ver tu propio aliento al respirar. Todos los árboles que permanecen de pie no son más que una masa reseca de ramas grises. Un humo fétido sale de una enorme cavidad que aparece en el suelo a lo lejos, y por los alrededores no se ve a ningún dinosaurio vivo.

Ya has resuelto una parte de tu misión: la época de la Gran Extinción tuvo lugar 65 millones de años a.C., poco más o menos. A pesar de la destrucción que aparece por todos lados, te sientes satisfecho por haber logrado tu objetivo.

De repente, un penetrante crujido interrumpe el imponente silencio. Te vuelves para mirar y descubres que un árbol inmenso está a punto de aplastarte. ¡Pero ya has pasado por este trance en otra ocasión!

Te apartas de un salto al tiempo que el tronco cae ruidosamente al suelo y levanta una nube de polvo. Inmediatamente hace su aparición un diminuto mamífero que corre hacia el árbol. Movién dose con rapidez, acarrea todas las bayas y frutos secos que logra encontrar. Al igual que las ardillas, lo almacena todo en las bolsas de las mejillas y escapa de nuevo hacia su madriguera.



Observas la conducta del animalito, y sonríes. -Te felicito -le dices con tono suave, pues sabes que únicamente estos pequeños seres podrán sobrevivir, y que con el tiempo evolucionarán hasta convertirse en seres humanos.

Resulta difícil imaginar que esa pequeña bola peluda pueda llegar a ser el tatarabuelo de tu tatarabuelo al cabo de 65 millones de años.

Lanzas un suspiro. No has logrado descifrar con total seguridad el misterio de la Gran Extinción, pero has hallado múltiples razones posibles para que ésta ocurriese, con lo cual ya es más que suficiente.

De pronto, se te ocurre una idea. Tu misión no ha sido en absoluto un fracaso... Es posible que hayas descubierto el gran secreto... Quizá todas esas cosas que has descubierto hayan provocado la aniquilación de los gigantescos animales al actuar conjuntamente.

En ese preciso momento, tu mirada se siente atraída por un objeto blanco que se mueve; junto al cadáver de un triceratops, un huevo se está quebrando. Observas cómo una pequeña criatura con un cuerno diminuto se esfuerza para ponerse en pie. Se afianza sobre las inseguras piernas y empuja con el hocico a su inmóvil madre. Parece desconcertada al ver que ella no le responde. Con temor y desconsuelo en su mirada, inclina hacia atrás la cabeza y lanza un pequeño bramido de hambre.

Eres consciente de que esta pequeña cría no podrá sobrevivir durante mucho tiempo...

No pensaste que fuera a ser tan doloroso contemplar al último dinosaurio sobre la Tierra. Te gustaría muchísimo llevártelo de vuelta al siglo XX,



pero sabes que eso no se acepta en las reglas para viajar a través del tiempo.

Tu misión ha sido un éxito, pero tu sensación de triunfo se ve empañada por la tristeza. En el suelo descubres un diente que perdió hace tiempo algún dinosaurio. Te lo guardas y emprendes el regreso a casa.

MISIÓN CUMPLIDA

LISTA DE DATOS

- Página 44: ¿Cuántos años hace que los dinosaurios aparecieron sobre la Tierra?
- Página 52: Quizá pueda ayudarte una de las principales tesis acerca de la evolución: sobrevivirán los que sepan adaptarse.
- Página 58: ¿Cómo estaba la mayor parte de la Tierra en el jurásico?
- Página 62: En la era mesozoica hubo gran cantidad de chirridos, aunque no de metal... ¡a pesar de que algunos llevaban armadura!
- Página 67: ¿En qué período te hallarías si te has equivocado?
- Página 72: ¿Qué es más conveniente: trasladarte lejos en el tiempo, o no retroceder tanto?
- Página 83: Lo que estaba muy caliente en la era mesozoica, puede que no lo esté en el futuro.
- Página 90: ¿Cuántos años han transcurrido desde el período carbonífero?

150 MILLONES DE AÑOS a.J.C.



**Has viajado a través del tiempo
al período en que los dinosaurios dominaban
la Tierra**

Te encuentras solo, en medio de un pinar de la prehistoria, cuando un enorme dinosaurio –un carnívoro megalosaurio– avanza tambaleándose hacia ti. Parece débil y enfermo, pero de pronto te mira y lanza un tremendo bramido. Puedes escapar de esta criatura hambrienta o saltar rápidamente a otra era. ¡Tu decisión puede conducirte a un lugar seguro... o dejarte perdido en el tiempo!

**¿ESTÁS DISPUESTO A PLANTAR
CARA AL PELIGRO?**

EL ÚLTIMO DINOSAURIO

Por Peter Lerangis
Ilustraciones:
Doug Henderson

LA MAQUINA DEL TIEMPO